



Instituto Superior de Letras Eduardo Mallea (A-1369)

Redactor especializado en textos literarios

EL ANARQUISMO EN ROBERTO ARLT

Autora: Cintia Rainhardt

Tutoras: Carolina Kelly

Adriana Santa Cruz

Fecha de entrega: 25/11/2010

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
CAPÍTULO I: ROBERTO ARLT	7
1. BIOGRAFÍA	8
2. ARLT Y SU ARTE ROCAMBOLESCO	14
3. SUS INICIOS COMO ESCRITOR	15
4. LA HUELLA DE UNA TRAICIÓN	16
5. ENTRE FLORIDA Y BOEDO	20
6. SU ROL PERIODÍSTICO Y EL COMPROMISO SOCIAL A FLOR DE PIEL.....	23
7. EL CICLO NOVELÍSTICO.....	27
8. BREVE MILITANCIA POLÍTICA	30
9. LOS VIAJES	34
10. SUS ÚLTIMOS AÑOS.....	39
CAPÍTULO II: EL ANARQUISMO	41
1. ¿QUÉ ES EL ANARQUISMO?.....	41
2. ANARQUISMO EN LA ARGENTINA.....	43
3. EL RESPETO	47
3. EGOISMO SOLIDARIO	51
3. LAS CLASES SOCIALES.....	54
CAPÍTULO III: EL ANARQUISMO EN LAS OBRAS	58
1. LOS PERSONAJES.....	58
2. LA IMAGINACIÓN Y EL BATACAZO.....	60
3. INTENTOS DE INCLUSIÓN.....	62
4. EL SUFRIMIENTO.....	63
5. CAPITALISMO.....	65
6. EL DINERO	67
7. LOS RICOS.....	70
8. LOS MILITARES.....	72
9. LA CIUDAD	73
10. LA RELIGIÓN	75
11. LA LIBERTAD	77

12. EL ANARQUISMO LITERARIO	80
CONCLUSIÓN	83
BIBLIOGRAFÍA	85

INTRODUCCIÓN

Roberto Arlt es uno de los escritores más cuestionados y criticados del siglo XX. Tal vez por su manera de escribir o, simplemente, por haber sido un escritor incomprendido, su figura estuvo durante varias décadas rodeada de un injusto silencio. Afortunadamente, después de su muerte en 1942, este escritor fue ganando una creciente popularidad que se mantiene en la actualidad. Varios escritores y críticos se interesaron por su literatura y coincidieron en afirmar que Arlt se transformó, de alguna manera, en el símbolo antioficial de la cultura argentina de las nuevas generaciones, ya que la anárquica protesta presente en sus obras genera un incentivo como ningún otro.

Al igual que todos los de su clase, Arlt fue víctima de una sociedad que lo rechazaba y lo humillaba; por ello, proyectó su propia disconformidad en los demás, observó, investigó e intentó comprender. De algún modo, podemos decir que Arlt dedicó su literatura a los marginales y los representó a través de sus vivencias y sentimientos.

Tanto en su rol periodístico como en su producción literaria este escritor siempre manifestó su interés por las cuestiones sociales. Su militancia política fue breve, pero esto lejos está de afirmar que no se haya interesado por ella. Él se preocupó por un cambio, manifestó su malestar y colaboró de la mejor manera en la que podía hacerlo: plasmando esa injusta realidad en su narrativa, exponiendo los problemas que arrojaba el capitalismo en cuanto a los condicionamientos económicos y a las diferencias de clases, y colocando la mirada donde muchos otros no se atrevían a ver.

En este trabajo, entonces, nos proponemos —a través del análisis de las tres primeras novelas del escritor: *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929) y *Los lanzallamas* (1931)— descubrir aquellas cuestiones que, en relación con temas como la libertad, el individualismo, el escepticismo, la marginación, la pobreza, el poder, el dinero, la ciudad y el condicionamiento del destino, entre otros, nos ayuden a revelar la percepción arltiana. Nuestro objetivo es establecer las vinculaciones que ella pueda tener con la línea anarquista, no tal vez en el sentido estrictamente político, sino más bien desde el aspecto más filosófico que encierra esta corriente, aquel que la entiende como una forma de conducta, una redención personal y moral.

Dedicaremos, entonces, un primer capítulo a la biografía del escritor por considerar que toda su obra se llena de datos autobiográficos, lo que en este análisis resulta sumamente significativo. Intentaremos demostrar las vivencias del escritor que, a nuestro criterio, lo llevaron a desarrollar una ideología anarquista y demostraremos la presencia del interés social al que, anteriormente, hemos hecho referencia. Para esta primera parte servirá de enorme utilidad el trabajo realizado por Sylvia Saítta titulado *El escritor en el bosque de ladrillos*.

Posteriormente, ofreceremos un segundo capítulo que tendrá como eje el anarquismo. Allí se definirá esta doctrina tomando como referencia lo expuesto por Anselme Bellegarrigue en su texto: *El Manifiesto de la Anarquía*, una obra que se destaca por ser la primera declaración de principios del anarquismo y en donde el autor llama a ejercer la soberanía individual (elogiando el egoísmo y denigrando el altruísmo), negando al Estado y a los partidos políticos, proponiendo una democracia basada en administraciones locales de libre adhesión y cooperación, y defendiendo una economía de mercado popular y antimonopólica contra las élites y el gobierno. También, nos valdremos de la posterior definición de Kropotkin y comentaremos, a su vez, el desarrollo que este movimiento adquirió en la Argentina para lo que utilizaremos la obra *Anarquistas: Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910* de Juan Suriano y *Anarquistas en América Latina* de David Viñas.

Por último, en el tercer capítulo, examinaremos a los personajes, volcando nuestra mayor atención en los dos protagonistas que forman parte de esas tres novelas, aquellos que al igual que el autor buscan subsistir y pretenden subvertir el orden social existente por otro menos desigual y más justo, con la ilusión de alcanzar una vía que les permita despojarse de la angustia y abrazar la felicidad. Luego, los vincularemos con el anarquismo, estableciendo las similitudes que nos resulten pertinentes para demostrar, no sólo la fuerte crítica que el escritor le hace al capitalismo, sino también su adhesión a la filosofía anarquista. Para ello nos serviremos del trabajo realizado por José Amícola, *Astrología y fascismo en la obra de Arlt* y el de Marta Inés Waldegaray: *Ideología de lo cotidiano en la cuentística de Roberto Arlt*. Asimismo, se tomarán en consideración la crítica de Ricardo Piglia, *Una crítica de la economía literaria* y los siguientes textos de Beatriz Sarlo: *Arlt: ciudad real, ciudad imaginaria, ciudad reformada* y *Roberto Arlt, excéntrico*. Esto permitirá introducirnos en el abordaje de otros temas presentes en las

obras tales como: la ciudad y los oficios, y la incorporación de los tecnicismos en la novela como novedad dentro de la literatura argentina. También se tomará como referencia el artículo de David Viñas: *Artl: robar y salir corriendo*, junto con otra bibliografía acerca de los temas considerados en esta investigación.

CAPÍTULO I

ROBERTO ARLT

Este primer capítulo estará dedicado a la vida de Roberto Arlt porque la consideramos una pieza clave dentro de nuestro análisis; nos serviremos de ella para relacionarla con algunos elementos que hemos rastreado en las novelas, los que denotan importantes similitudes con la vida privada del escritor. En este marco, entonces, haremos principal mención a los acontecimientos más relevantes de su existencia, considerando que, de alguna u otra manera, ellos han llevado al escritor a vincularse a la ideología anarquista, basada principalmente en un deseo de libertad, de igualdad y de eliminación de las jerarquías sociales. Cabe aclarar que cuando hablamos de ideología nos estamos refiriendo a ella como una construcción global de mundo que deviene de la interpretación de la realidad, a partir de ciertas vivencias. Marta Inés Waldegaray, en su texto *Ideología de lo cotidiano en la cuentística de Arlt* (2002), define el término como: “matriz de conocimiento de la realidad, matriz compuesta por pensamientos, creencias, y normas que intervienen de manera constante en el ordenamiento social”. (223). Y añade que es mediante ella que la comunidad designa su identidad, precisa sus aspiraciones y define las vías de su acción ya que “una ideología se hace cargo de por lo menos dos interrogantes: qué ser y qué hacer frente a una determinada situación”. (223). En este sentido consideramos que Arlt, como sujeto perteneciente a la pequeña burguesía, constituyó una identidad simbólica de clase media, y tal condición, que se puede entender como la de un *ser entre*, le permitió el reconocimiento de las otras dos voces de aquellos grupos o estratos que, junto con su clase, conformaban la sociedad (nos referimos al lumpemproletariado y a los ricos). La vida de Arlt, como la de cualquier pequeño burgués e, incluso, como la de los personajes de sus ficciones se debatía entre ambos sectores, estableciendo un sentimiento de temor hacia uno y deseo hacia el otro. Y su mirada percibió, principalmente, la opresión que ejercía la clase alta sobre las otras dos.

1. BIOGRAFÍA

Durante los últimos años del siglo XIX y en los comienzos del XX, Buenos Aires comenzó a introducirse en los ritmos de la ciudad moderna, producto, en gran parte, de la inmensa ola inmigratoria, la que la convirtió en el principal escenario de grandes cambios políticos, culturales y sociales. En este contexto arribó a la ciudad una joven pareja compuesta por Catalina Iobstraibitzer, nacida en Trieste, Italia y Carlos Arlt, nacido en la provincia prusiana de Posen, ambos futuros padres del escritor, quien nació el 26 de abril de 1900. Ella era una mujer muy religiosa, aficionada a las ciencias ocultas y a la astrología (cuestiones que supo transmitir a su hijo desde pequeño). Carlos, por su parte, había llegado a la Argentina como desertor del ejército y era una persona egoísta, autoritaria y de carácter muy violento.

Los primeros años de vida del escritor transcurrieron, principalmente, en el barrio de San José de Flores, un barrio de marcados contrastes sociales. Pero, si bien su infancia fue bastante pobre, no fue tan distinta a la de cualquier hijo de inmigrantes. Durante el período de escolarización asistió a la escuela pública, considerada en aquella época una vía de inclusión social, en la que convivió con los hijos de obreros, empleados, maestros, pequeños comerciantes o profesionales hasta culminar sus estudios, a los catorce años de edad.

En 1903, su madre dio a luz a su hermana, Luisa Arlt, a quien llamaban Lila. Para ese entonces la vida matrimonial de la pareja de inmigrantes no era nada fácil. Los trabajos de Carlos eran inestables y esto llevó a la familia a padecer una precaria situación económica. Las circunstancias alarmantes llevaron al padre a ausentarse de su hogar por haberse visto obligado a trabajar en compañías yerbateras de Misiones y Corrientes, sitios de donde volvía humillado y sin dinero. Este dato no es menor, si tenemos en cuenta la terrible explotación que implicaba trabajar en un yerbal en aquella época. Rafael Barret (1876-1910), uno de los principales representantes del anarquismo del Paraguay —pero influyente también en varios países latinoamericanos— denunciaba en uno de sus libros capitales, *Lo que son los yerbales* (1910): “Es preciso que sepa el mundo de una vez lo que pasa en los yerbales. Es preciso que cuando se quiera citar un ejemplo moderno de todo lo que puede concebir y ejecutar la codicia humana, no se

hable solamente del Congo, sino del Paraguay”.¹ Y más adelante agregaba: “De 15 a 20 mil esclavos de todo sexo y edad se extinguen actualmente en los yerbales del Paraguay, de la Argentina y del Brasil”.² En este sentido, es válido considerar el análisis realizado por José Amícola en su texto *Astrología y fascismo en la obra de Arlt* (1994), quien, refiriéndose a estas vivencias de Carlos, afirma que repercutían trágicamente en la familia, ya que “hacían que sus rencores se volvieran contra ellos que, en el mundo de su época, estaban sometidos a él como él estaba sometido a otros: su mujer y sus hijos”. (25). Según Amícola, la figura paterna que Carlos representaba se caracterizaba, como en la época guillermina alemana (1871-1918), por una imposición de ciega obediencia. Este dato se puede ver más claramente reflejado en el período de la adolescencia de Roberto, que fue bastante difícil: “Nadie supo nunca lo que Roberto ha sufrido —confiesa su madre—; tres años estuvo su padre sin hablarle. Su primera juventud fue muy trágica, su vida y la mía fueron una tragedia: por eso sus escritos tienen tanta amargura”.³

Durante este período, también Roberto Arlt, con dieciséis años de edad, tuvo que buscarse un empleo, a pedido de su madre. Este suceso encerraba múltiples significados, por un lado, implicaba el final de su adolescencia, el principio de la responsabilidad, la aparición de “la norma” y el consecuente acatamiento de ella; pero, por otro, ponía en evidencia la necesidad de su familia y reafirmaba la clase a la que esta pertenecía. Esto quedó claramente expuesto en su primera y más autobiográfica novela, titulada *El juguete rabioso* (1928), a través de su personaje Silvio Astier:

Cuando cumplí los quince años, cierto atardecer, mi madre me dijo:
—Silvio es necesario que trabajes.
(...) Insistió comprendiendo la agresividad de mi silencio:
— Tenés que trabajar, ¿entendés? Tú no quisiste estudiar. Yo no te puedo mantener. Es necesario que trabajes. Al hablar apenas movía los labios, delgados como dos tablitas. Escondía las manos en los pliegues del chal negro que modelaba su pequeño busto de hombros caídos.
— Tenés que trabajar, Silvio.
— ¿Trabajar, trabajar de qué? Por Dios... ¿Qué quiere que haga?... ¿qué fabrique el empleo...? Bien sabe usted que he buscado trabajo.

¹Rafael Barret, *Lo que son los yerbales paraguayos en Proyecto de obras completas* [en línea]. [consultado: 20/09/10]. Disponible en: <http://85.52.193.109/barrett/yerbales/yerbales.html>

² Rafael Barret. *op. cit.*

³ Citado en S. Saítta: *El escritor en el bosque de ladrillos*, Buenos Aires: Debolsillo, 2008, p. 22.

Hablaba estremecido de coraje; rencor a sus palabras tercas, odio a la indiferencia del mundo, a la miseria acosadora de todos los días, y al mismo tiempo una pena innominable: la certeza de la propia inutilidad.

Más ella insistía como si fueran ésas sus únicas palabras.

— ¿De qué?... a ver ¿de qué?

(...)

— En *La Prensa* siempre piden...

— Sí, piden lavacopas, peones... ¿quiere que vaya de lavacopas?

— No, pero tenés que trabajar. Lo poco que ha quedado alcanza para que termine Lila de estudiar. Nada más. ¿Qué querés qué haga? (Arlt, 2004:47).

Finalmente, Silvio se empleó en la librería de Don Gaetano, una casa de compra y venta de libros usados. Arlt, en cambio, obtuvo su primer empleo como corredor de papel, pero tiempo después se dedicó, también, a aquella actividad.

De todas formas, aquel empleo no ocupaba la totalidad de su tiempo: el resto del día lo dedicaba a devorar folletines franceses, libros de técnica y textos esotéricos y ocultistas. Además, concurría al Centro Florencio Sánchez y a la biblioteca anarquista, ubicada en Terrero al 500, formada por volúmenes donados por el dramaturgo González Pacheco; seguramente, una de las tantas bibliotecas con obras de literatura izquierdista que se abrieron (junto con varios centros obreros) después de la Revolución de 1890, cuando se inició la lucha del proletariado ante la agitación de los anarquistas.

Toda esa mezcla de asociaciones culturales y actividades barriales —añadimos que Arlt también asistía a las tertulias literarias del barrio, donde conoció a Nalé Roxlo, con quien sostuvo una amistad— implicaban una lectura de la sociedad local inevitablemente teñida por las trasposiciones de las vivencias anteriores. Y fueron conformando su integración en la sociedad, una sociedad muy dividida en la que, seguramente, se hacía presente aquella “condena moral”, producto de una falta de cultura, a la que tanto se refirió Kropotkin (1842-1921), uno de los principales teóricos del movimiento anarquista. Según el heredero de Bakunin, una de las causas de división social (junto con el régimen de la propiedad y la diferencia de salarios) era la abismal distancia cultural entre los sectores sociales. Juan Soriano en su texto *Anarquistas Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910* comenta que:

Esta brecha se producía porque un solo actor social detentaba el saber que la otra no poseía y esta cuestión excedía de la contradicción clase burguesa-clase obrera para establecer —en términos de Kropotkin— una

dualidad entre pobres y ricos, explotados y explotadores, desheredados y privilegiados, pueblo y burguesía. (Soriano, 2001: 79).

Recordemos que en el primer capítulo de *El juguete rabioso*, en el momento en el que el narrador describe a la familia Irzubeta, –a cuyos integrantes, por cierto, define como “parientes de jueces rancios y otras gentes de la misma calaña del partido conservador”. (Arlt, 2004: 17)– se refiere a las dos hijas de la familia de la siguiente manera:

Las doncellas, mayores de veintiséis años, y sin novio, se deleitaban en Chateaubriand, languidecían en Lamartine y Cherbuliez. Esto les hacía abrigar la convicción de que formaban parte de una «elite» intelectual, y por tal motivo designaban a la gente pobre con el adjetivo de chusma”. (19).

Incluso el mismo Arlt, en sus posteriores autobiografías, presentó su resentimiento a esa distribución desigual de la cultura: “Tuve siempre que trabajar y en consecuencia soy un improvisado o advenedizo en la literatura”.⁴

Wadelgaray añade un dato importante sobre esto cuando dice: “La literatura es para Arlt una apropiación que se sostiene sobre precisos códigos de clase”. (2002: 231). Y en este sentido, para él la biblioteca no era un lugar donde la cultura se acumulaba, sino más bien un sitio donde se exponía su propia carencia, por lo que la cultura se transformaba, así, en un bien económico, ya que el dinero era lo que le daba el acceso a ella.

En este aspecto, podemos inducir que, si bien el escritor renegó de esa condición desigual, también sintió la necesidad de reivindicarse, de reafirmar sus conocimientos frente a sus lectores y críticos; en 1929, en un artículo para *El Mundo* titulado “El cementerio del estómago”, escribió: “Yo he leído muchas novelas. He empezado a leerlas a los 12 años, tengo 28. Así que hace dieciséis años que leo a un término medio de cincuenta libros por año, lo cual significa seiscientas novelas. He leído muchas más, pero esto es el mínimo”.⁵ A criterio de Saítta: “La exhibición de lecturas ocupa el lugar que, ni por linaje ni por adquisición, pueden otorgar otros títulos”. Otro ejemplo de esto se da en la misma novela haciendo referencia, casualmente, a la misma familia Irzubeta. En este caso son “las dos ancianas beatas y gruñidoras” que “descendían de un oficial

⁴ Citado en S. Saítta. *op.cit*, p. 63.

⁵ Citado en S. Saítta. *op.cit*, p. 82.

que militara en el ejército de Napoleón I” y a quienes Silvio oía “soñando en mitos imperialistas, evocando añejos resplandores de nobleza”. (Arlt, 2004: 19). Esto es, sin duda, un claro reflejo de lo que implicaba en aquellos tiempos poseer una herencia sanguínea medianamente reconocible, aunque se tratase, incluso, de un lazo lejano. Con todo esto queremos decir que, más allá del interés particular que Arlt mantenía por la literatura, el acceso a ella como fuente de cultura significaba una vía de ascenso o de inclusión social.

El escritor se saturó con la lectura de todo tipo de textos, aunque es importante destacar que siempre accedió a una literatura de “segunda mano” ya que, su condición social no le brindó otra alternativa más que la de entregarse, irremediablemente, a la lectura de traducciones: versiones desviadas de la producción literaria original. De todas formas, fueron esos textos los que le brindaron los conocimientos que, luego, exhibió en sus obras; mezclando los saberes del ocultismo, la ciencia y la literatura.

Arlt fue uno de los escritores que hizo hincapié en que las cuestiones materiales podían facilitar o dificultar una escritura. Su mirada siempre estuvo atravesada por “el dinero”, no por un anhelo especial hacia este, sino por todo lo que implicaba no poseerlo. Existe una anécdota que comenta que Arlt escribió su primer cuento a los ocho años para vendérselo a un vecino por cinco pesos. Más allá del grado de veracidad del comentario este revela una vinculación entre literatura y dinero. Sobre esto Saítta añade que: “Para Arlt, en cambio, escribir es hacerse pagar, y el dinero, como señala Ricardo Piglia, aparece como la garantía que hace posible la apropiación y el acceso a la literatura”. (Saítta, 2007: 22). Lo cierto es que esto fue enfrentando a Arlt a una serie de irregularidades dentro de su mundo cotidiano que, como hemos mencionado anteriormente, le abrieron una visión de la realidad social que partía de su propia experiencia; y dichos conocimientos fueron plasmados en su literatura:

Apartado de los saberes prestigiosos de la elite intelectual, Roberto Arlt construye su literatura con materiales que no vieron o no experimentaron los escritores de su tiempo. La ciudad moderna, la aplastante rutina del trabajo, la técnica en tanto saber sin prestigio que puede rescatar a un hombre de un pobre destino, la mediocre vida cotidiana con sus ilusiones, esperanzas y bajezas, constituyen el abanico de experiencias a través de cuyo despliegue el escritor argentino pone en evidencia una desposesión simbólica mayor. (Wadelgaray, 2002: 229).

Esta primera etapa de su adolescencia transcurrió de un modo más o menos apacible, pero tuvo un final violento: cuando Carlos Arlt regresó de Misiones, se enfrentó con su hijo y lo expulsó del hogar. En condiciones económicas deplorables, Roberto vagó y se sirvió de sórdidos empleos:

Hubo una época —escribe Roberto Arlt— en la que la vida fue dura para mí, e hice, sucesivamente, los trabajos de dependiente de librería, aprendiz de hojalatero, aprendiz de pintor, mecánico y vulcanizador. He dirigido una fábrica de ladrillos; después fui, cronológicamente corredor, director de un periodicucho y trabajador en el puerto.⁶

Toda esta experiencia de vida fue formando su visión de mundo. Una visión de sociedad urbana cuyo rasgo más notable era “la constante movilidad horizontal y vertical (ascendente y descendente) de un cuerpo social que no terminaba de construir una fisonomía definitiva y que, aunque permitiera el ascenso y el bienestar de una parte de los trabajadores excluía a otra porción significativa”. (Soriano, 2001: 18) Este rasgo de la sociedad fue percibido desde muy temprano por Arlt, quien supo interpretar el descontento popular generado a partir de la explotación económica, principalmente, a través de la desilusión, la bronca y el resentimiento de los inmigrantes, que, en medio de la desolación y el desarraigo, no lograban cumplir con sus ansiados sueños de alcanzar un lugar dentro de la sociedad. Recordemos que *El juguete rabioso* comienza así: “Cuando tenía catorce años me inició en los deleites de la literatura bandoleresca un viejo zapatero andaluz que tenía su comercio de remendón junto a una fachada verde y blanca, en el zaguán de una casa antigua en la calle Rivadavia entre Sud América y Bolivia”. (2004: 11). Este personaje por el que recuerda “haber cobrado simpatía, a pesar de ser un cascarrabias” (11) no es sólo el iniciador literario de Silvio Astier, sino que es el inmigrante que le transmite una ilusión a través de la imaginación, o mejor, el que le ofrece el recurso de un mundo imaginario para que pueda afrontar la realidad, mecanismo, a su vez, utilizado por el mismo andaluz para “evadir” su condición de fracasado.

Asimismo, cabe destacar que la ya mencionada condición de “víctimas” que sufrían los inmigrantes funcionó como vía de penetración del discurso libertario, principalmente entre españoles e italianos. Soriano comenta que en los discursos

⁶ Citado en S. Saítta, *op.cit.*, p. 25.

anarquistas publicados en los diferentes medios, prevalecía una perspectiva moralista desde la cual hacían referencia a “los males de la sociedad capitalista, la perversión del Estado, la hipocresía y la lujuria de la Iglesia, la codicia y el carácter explotador de la burguesía o el sufrimiento del proletariado”. (Soriano, 2001: 82). Y agrega, también, que: “El anarquismo creía que la frustración de las expectativas del mejoramiento material de los ilusionados inmigrantes abría un camino de segura adhesión a la causa”. (80).⁷ Esta percepción del autor no nos resulta para nada disparatada, de hecho, la historia ha sabido demostrar que la mayoría de los partidarios anarquistas (militantes o no) de la época eran inmigrantes, ya que el discurso que difundía esta doctrina estaba colmado de influencias pertenecientes a sus lugares de origen. Este análisis nos permite vincular, nuevamente, a Arlt con el anarquismo. Si bien sabemos que él no era un inmigrante, sus padres sí lo eran, por lo que palpó este sufrimiento en el propio seno familiar, basado en aquella frustración de no poder acceder a un mejoramiento material con todo lo que esta vivencia implicaba.

2. ARLT Y SU ANTECEDENTE ROCAMBOLESCO

Otra de las huellas autobiográficas que deja Arlt en sus novelas, precisamente en la primera, es la de su pasión por *Las Hazañas de Rocambole*, del escritor francés Pierre-Alexis Jonson du Terrail. Arlt fue un lector apasionado de estas aventuras, al igual que su personaje Silvio Astier. Sobre el escritor comentaba Nalé Roxlo: “Se divertía con los truculentos, complicados e inagotables lances del célebre novelón, con el mismo espíritu regocijado con el que hoy asistimos a las en un tiempo escalofriantes películas del cine mudo de la primera época”.⁸ Para Saítta, “los relatos del folletín le proporcionan en el nivel simbólico, un mundo compensatorio frente a las relaciones reales de la sociedad en la que vive y, al mismo tiempo, un modelo de felicidad basado en una conciliación entre el orden de los deseos y el orden social”. (Saítta, 2008: 53).

⁷ “El diálogo de dos deportados —imaginado por Gilimón— en la cubierta de un barco que los trae de regreso al país desde España expresa bien esa concepción: «¿Ves esos? —sostiene el interlocutor del autor haciendo referencia a los inmigrantes que viajan hacia Buenos Aires—. Son futuros anarquistas. Cuando la decepción llegue; cuando sus ilusiones de hoy se desvanezcan: cuando la realidad brutal les hiera, se irán su republicanismo y su americanismo al diablo. Van engañados y el desencanto los enfurecerá»”. (Soriano, 2001: 82).

⁸ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 51.

Pero este dato tiene otra particularidad: Arlt utiliza el folletín como género inicial de su obra, lo que conduce a pensar que él encontró a través de Jonson du Terrail no sólo un tipo de relato, sino también a un modelo de escritor exitoso que logró vivir exclusivamente del producto de su literatura. Se topó con una figura que hacía relucir sus ilusiones y sus expectativas. En la vida de Astier, se detecta un canje entre lectura y experiencia, un rasgo que está presente a lo largo de todo *El juguete rabioso*. Astier se siente identificado con el mundo heroico de Rocambole y busca la manera de realizarlo. Roberto Arlt, también, descubrió un camino de experiencia y lo utilizó para la realización de sus obras, pero, además, puso atención en el autor, pudiendo así, reconocer en éste los logros que él mismo deseaba alcanzar. Admiró la capacidad de Jonson du Terrail, esa aptitud que le brindó la posibilidad de enriquecerse a través de la literatura, pese a las dificultades económicas de la época. Sobre la repercusión de esta obra en Arlt Saítta agrega:

Además los folletines de Jonson du Terrail le proveen de un modelo con el cual Arlt concibe la construcción de la subjetividad de su primer protagonista, postula un modelo de héroe popular y reflexiona sobre las pautas de relación entre las distintas clases sociales”. (Saítta, 2008:52).

3. SUS INICIOS COMO ESCRITOR

Siempre fue una gran preocupación para Arlt saber de qué manera se ganaría la vida. Sus deseos, sin duda, estaban puestos en la escritura, pero, si bien es cierto que después del Centenario se habían producido aportes que habían favorecido al intelecto, imponiéndose, por ejemplo, el profesionalismo entre los escritores, era complicado acceder a aquellos puestos si no se era conocido. Es por ello, que Arlt decidió salir del anonimato y comenzó a mostrar sus producciones. Un día se presentó ante el reconocido escritor y periodista —pero sobre todo, vecino de Flores— Juan José de Soiza Reilly para pedirle que leyera alguno de sus escritos. Juan José aceptó y le prometió que, si le gustaba su texto, lo publicaría. Y, efectivamente, así fue: Roberto encontró su nombre arriba de un texto suyo, un cuento titulado “Jehová”, publicado en la *Revista Popular*. Este episodio fue, sin duda, una revelación para el escritor: a través de su primera publicación, descubrió que tenía talento y que su destino estaba en la literatura. Destacamos este suceso porque tuvo mucha significancia en la vida del escritor, ya que

le permitió transformar su desesperación en esperanzas, justo en un momento clave de su adolescencia: “Un momento en el cual, como recuerda Nalé Roxlo, la literatura era, para él, una especie de consuelo, de salvación, una cuestión de vida o muerte”. (Saítta, 2008: 25).

En 1919, comenzó a escribir *El juguete rabioso*, convencido de sus aptitudes literarias, pero sin saber aún a qué se dedicaría para ganar dinero: “el autor no sabía cuál iba a ser su camino efectivo en la vida. Si sería comerciante, peón, empleado de alguna empresa comercial o escritor”.⁹ Así fue como ocupó la vacante de vendedor en la casa de un comerciante de libros viejos (he aquí la coincidencia con Silvio Astier).

En marzo de 1920 fue convocado para el servicio militar y tuvo que partir hacia la provincia de Córdoba. Allí cumplió con la conscripción —donde, al igual que en su ficción, durante un tiempo se desempeñó como ayudante de armero— y conoció a quien sería su esposa, Carmen Antinucci, tres años mayor que él y que, además, “traía consigo una dote de veinticinco mil pesos”. (Saítta, 2000: 34).

4. LA HUELLA DE UNA TRAICIÓN

Roberto se casó desconociendo el complicado estado de salud de su mujer, una tuberculosis que se manifestó inmediatamente después de la boda. Él consideró imperdonable aquella traición, el hecho de que la familia de ella se lo hubiera ocultado, y llevó a cabo una suerte de venganza hacia su suegra y hacia su familia política a través de su mejor arma: la literatura. Estamos aquí frente a otra realidad empírica plasmada en sus escritos:

La suegra condensa en sí misma los peores rasgos de su clase pues constituye el punto culminante de la hipocresía de la clase media. [...] Estos seres desorbitados caricaturizan las contradicciones vividas por la clase que pretende adscribirse a la esfera de los poseedores. Tener no significa solamente poseer objetos, sino poseer objetos para poseer a través de ellos a los hombres. Tener es tener hombres. (Saítta, 2008: 36).

Un claro ejemplo de esto se manifiesta en la relación que establece Erdosain con doña Ignacia, dueña de la pensión que le sirve de refugio y madre de la Bizca: “Cuando vi a aquella mujer allí, inmóvil, espiándome, experimenté una alegría enorme. No sabía

⁹ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 26.

lo que podía esperar de ella, pero el instinto me decía que ambos queríamos recíprocamente utilizarnos” (Arlt, 2005: 28). Y más adelante, el narrador agregaba: “Más tarde el comentador de estas vidas supuso que la actitud de Erdosain provenía del deseo inconsciente de vengarse de todo lo que antes había sufrido”. (29). Si bien el comentador habla de vengarse de todos los sufrimientos anteriores y no especifica a qué sufrimientos se refiere, podemos deducir por el contexto que está haciendo referencia a aquellos que fueron provocados por su suegra, es decir, por la madre de Elsa. Pero esta mujer no es mencionada en la novela, por ello, creemos que Arlt establece un juego con esta voz narradora, tomando él el lugar del comentador para que no queden dudas sobre el contenido autobiográfico.

Es preciso, además, señalar que doña Ignacia, quien “daba un aspecto de mujer cruel y sucia” (28), se presentó en la pieza de Remo justo cuando éste se encontraba manipulando el dinero obtenido por el secuestro de Barsut y ella, desde el umbral de la puerta:

Soslayó el dinero, y pasando la lengua ávidamente por el borde de sus labios lustrosos dijo:

—Señor Edosain...

Erdosain, sin cuidarse de guardar el dinero, se volvió:

—¡Ah!, ¿es usted?

—La señora que durmió aquí esta noche dijo que no la esperara:

—¿Cuándo se fue?

—Esta tarde. Hará tres horas.

—Está bien. —Y volviendo la cabeza continuó contando el dinero.

Doña Ignacia, hipnotizada por el espectáculo, quedose allí, inmóvil.

Se había cruzado de brazos, se humedecía los labios ávidamente.

—¡Jesús y María!, señor. Erdosain, ¿ha ganado la grande?

—No, señora... es que he hecho un invento. (Arlt, 2005b: 28).

El interés por el dinero, más allá de lo sorprendente de la situación (nos referimos a que era una gran cantidad de dinero desparramada en el suelo de la habitación), demuestra lo que la suegra se propone en cuanto al ordenamiento social. Se trata de inmortalizar a la clase a través de las generaciones, perpetuando esa posición social media que pretende subir o, al menos, mantenerse, pero que jamás debe descender. Esta condición, recubre a estos personajes de una característica netamente ambiciosa: persiguen un fin, sin importarles los medios. Nos referimos explícitamente al dinero, un elemento que se debe alcanzar, sí o sí, aunque esto implique, por ejemplo,

corromper el amor maternal, ya que doña Ignacia no duda en entregarle la mano de su hija menor de edad a Erdosain —un hombre al que acogió hace unas tantas horas en su pensión y del que sólo sabe que posee dinero. Incluso, es ella la que afirma que el casamiento se va a llevar a cabo, sin si quiera consultarle a la niña, a la que luego se dirige, muy frescamente, diciéndole: “Muy bien... Yo te autorizo para que tengas relaciones con el señor Erdosain y... ¡cuidadito con faltarle!” (32).

Con respecto a esto Marta Inés Waldegaray añade un dato muy atractivo, ella comenta que el lugar físico que Arlt le da a la suegra, a quien caracteriza como “el máximo exponente de la falta de sinceridad que caracteriza a la clase media” (2002: 241), es la sala de la casa pequeño-burguesa, sitio donde el lujo se aparenta y donde la clase busca identificarse con el mundo de “los de arriba”. Aquí vemos como, nuevamente, una característica clasista se hace presente en el escritor a través de su producción discursiva.

Tiempo después y, dadas las condiciones de salud de Carmen, Arlt y su esposa decidieron comprar una casa en Cosquín y radicarse allí. En 1923 nació su hija, Mirta Electra Arlt, pero las cosas entre la joven pareja no marchaban bien. Una vez más, la falta de dinero fue la causa del hundimiento familiar y el escritor fue impulsado a emplearse “de lo que fuera” para sobrevivir:

Carmen, acostumbrada a vivir una infancia entre algodones, no se resigna a vivir pobremente, con un hombre que se dice escritor pero que no es capaz de resolver las mínimas cuestiones económicas. Además, Arlt fracasa una y otra vez en las locas empresas que quiere llevar a cabo, gastando el dinero de la dote. Carmen, como su madre le exige que trabaje de cualquier cosa para mantenerlo. Arlt se siente humillado; Arlt se siente incomprendido; Arlt comienza a urdir una venganza que tiene a la literatura como herramienta. (Saítta,2008: 38).

Esta secuencia está reflejada en las siguientes líneas de *Los siete locos* cuando Erdosain mantiene una conversación con su esposa, Elsa, en el momento en el que ella lo está dejando por el capitán militar: “Ella continuó con la voz apaciguada por una resignación interior: Ahora es inútil... ahora yo me voy. ¿Por qué no fuiste bueno vos? ¿Por qué no trabajaste?”. (Arlt, 2005a: 42). Más adelante, en *Los Lanzallamas*, esta presión que le imponen su madre, su mujer y toda la sociedad queda aún más clara. El

episodio acontece en el Convento de las Carmelitas cuando Elsa, haciendo referencia a Erdosain le contaba a la monja Superiora:

Al otro día de la noche de bodas le propuse que trabajara de dependiente en una ferretería; de este modo, con el capital que yo disponía podíamos instalar más tarde una ferretería. Recuerdo que se indignó como si le hubiera propuesto un comercio vergonzoso. El quería ser inventor. (2005b: 87).

Y más adelante Elsa agregaba: “Tenía esperanzas de convertirlo poco a poco en un hombre de provecho”. (88). Esa voz femenina que le indicaba lo que tenía que hacer y que le exigía que buscara un empleo se haría eco en el tiempo real y ficcional. Erdosain la volvería a oír, pero ésta vez, de la boca de su segunda prometida, la Bizca, una jovencita de a penas catorce años. La secuencia se desarrolla en el capítulo titulado “El Paseo” de *Los lanzallamas*, cuando Remo, mientras camina junto a la muchacha, le dice:

Erdosain aprieta estremecido de emoción el brazo de la Bizca y le pregunta:

—¿No te gustaría vivir conmigo, en un aserradero ala orilla de un río? Yo llevaría la contabilidad y vos colgarías la ropa de las ramas de los árboles...

—Querido mío... vos sabés que con vos todo me gusta. ¿Por qué?... ¿te han ofrecido algún empleo?

—No, pensaba...

—¿Por qué no buscás un trabajo así? A mí me gustaría.

Erdosain se sumerge de nuevo en sí mismo. (153).

La ficción y la realidad nuevamente se mezclan. Los reproches de su mujer vuelven a ubicarlo en la línea del fracaso. Evidentemente, él más que nadie conocía la circunstancia económica en la que se encontraba y lo caótico que era vivir con la culpa que esto le generaba. En la realidad, la circunstancia que le había tocado vivir a su padre, recaía una vez más sobre él. Nuevamente, el apremio, en gran parte, de tener que involucrarse activamente en un sistema que detestaba atentaba contra su moral, obligándolo a padecer la humillación, obligándolo a postergar su verdadero deseo, o peor, a alejarse de su razón de vivir.

En consecuencia, podríamos definir que en el mundo arltiano la mujer, en contraposición con el hombre, es la que ajusta su conducta al sistema, ejerce un orden y

un mandato, conserva los moldes y se forma dentro de la ley, a excepción de las prostitutas y, curiosamente, la mujer del grupo de los anarquistas.¹⁰

Por último, en lo que respecta a esta línea, es pertinente agregar que Arlt no le da al matrimonio la magnitud que, en general, se le suele adjudicar. En el análisis realizado por Waldegaray, la autora afirma que: “El matrimonio es la primera gran derrota del hombre arltiano, a través de él la vida cotidiana lo atrapa obligándolo a incursionar el camino penoso y escéptico de la hipocresía”. (2002: 238). Si bien, como se verá más adelante, las relaciones amorosas del escritor no resultaron del todo afortunadas, existe otra cuestión. Por un lado, el enlace matrimonial es interpretado como una acción que genera dependencia y que lo lleva a concebir a la familia como una especie de carga, algo a lo que, por cierto, ya nos hemos referido anteriormente cuando mencionábamos el tema del sometimiento en la mentalidad del Carlos Arlt. Por otro lado, vemos a través de su personaje, Erdosain, una figura en la que el amor siempre resultó una desdicha y un fracaso. Su primera esposa, Elsa, con quien mantuvo una relación insana o “anormal” —recordemos que, entre otras cosas, ambos fueron infieles e, incluso, Remo llevó a vivir a su casa a una prostituta con la que mantenía una relación, con la excusa absurda de querer salvarle el alma—, terminó buscando refugio en un convento; y la Bizca “una muchacha que no le interesaba ni mucho ni poco” fue prisionera de su burla y víctima de su locura, ya que terminó muerta de un balazo ejecutado intencionalmente por el mismo Erdosain.

En 1924 la familia Arlt regresó a Buenos Aires y, con el dinero que les quedaba, compraron un terreno en Villa Devoto. Roberto, durante el día, trabajaba en la construcción de su casa y, durante la noche, escribía o se dedicaba a vagar de bar en bar leyendo sus manuscritos a quienes estuviesen dispuestos a escucharlo, una búsqueda casi desesperada de aprobación, de un gesto o una palabra que afirmara sus cualidades y le dieran el aliento que necesitaba. Finalmente, él encontró este amparo en Ricardo Güiraldes, quien no sólo lo ayudó a sobrellevar su maltrecha situación económica, convirtiéndolo en su secretario, sino que releyó sus borradores, le sugirió cambiar el nombre original: *La vida puerca* por *El juguete rabioso* y lo ayudó a ganar el concurso que le permitió sacar a la calle su primera novela:

¹⁰ Véase acerca del rol de la mujer anarquista posteriormente desarrollado en el capítulo II.

Sin editorial y a instancias, nuevamente, de Guiraldes, Arlt presenta su novela al Concurso Literario de prosa y verso para escritores inéditos sudamericanos, organizado por la editorial Latina de Adolfo Rosso. Las chances son altas pues Guiraldes es amigo de Enrique Méndez Cazada, uno de los jurados”. (Saítta, 2007:48).

5. ENTRE FLORIDA Y BOEDO

En la Buenos Aires de 1920 existieron dos importantes agrupamientos de escritores: por un lado se encontraban los martinfierristas, integrantes del denominado grupo de Florida (por la cosmopolita calle porteña y la sede de la redacción de *Martín Fierro*). Ellos “son la expresión local de las vanguardias que, hacia la primera posguerra, dominaron el panorama de la cultura occidental”¹¹. Este grupo estaba formado por autores, que optando por el credo ultraísta, privilegiaban en su poética el uso intensivo de la metáfora y desarrollaban su producción sobre todo en verso. Algunos de sus representantes eran: Gironde, Borges, Nalé Roxlo, Marechal, Olivari, y muchos otros.

Por otro lado, había otro grupo de escritores que cultivaba preferentemente la prosa (cuento y novela) y que propugnaba un arte con una función social. Este grupo eligió como sede la calle Boedo —arteria principal de un barrio obrero— y también generó importantes publicaciones como: *Extrema izquierda*, de Antonio Zamora, director también de *Los pesadores* y *Claridad*, en las que colaboraban Elías Castelnuovo y Leonidas Barletta, entre otros. Este grupo se caracterizaba por una preocupación por los hombres marginales y por la constante crítica a una sociedad injusta.

Como ya hemos mencionado, Arlt se había convertido en una especie de secretario de Guiraldes, lo que lo llevó a vincularse con integrantes del grupo de Florida. “Guiraldes ayudaba con delicadeza a los escritores que todavía no habían publicado su primer libro” (Saítta, 2007: 45). Y esa misma generosidad la tuvo con Arlt, pero como *Proa* no estaba en condiciones financieras de hacerlo, no pudo llevarlo a cabo. Así que, por sugerencia de su otro amigo Nalé, fue a entrevistarse con Glusberg para ver si este se la publicaba en su editorial (Babel), pero a éste no le convenció su

¹¹ *Historia de la literatura argentina* [en línea]. [consultado: 20/09/10]. Disponible en: http://www.todo-argentina.net/Literatura_argentina/los_anos_veinte.htm

propuesta. Como tampoco a Gleizer, con quien lo intentó más tarde. “Si no es en una editorial vinculada a la vanguardia como Proa, ni tampoco en una editorial más tradicional como Gleizer, o más popular como Babel, Arlt probará suerte en una editorial de izquierda”. (46). Sin embargo, este intento también fracasó: Arlt se acercó a la editorial Claridad, pero su texto, repleto de errores, fue rechazado por el mismo Castenuovo. Sylvia Saítta reprodujo en su obra un texto de Elías Castenuovo donde narraba este encuentro con Arlt. El director le había hecho las observaciones pertinentes de la novela, entre otras los errores de ortografía y de redacción, y le había dicho que así como estaba no se podía publicar y que necesariamente había que arreglarla:

Pese a las objeciones que le hacía, no se resignaba con el rechazo de su novela, ni tampoco aceptaba de manera alguna la resolución. Discutía y volvía a discutir obstinadamente. Y que por qué esto y que por qué aquello. Por último aprisionó el manuscrito con ambas manos, lo apretó contra su pecho, y me dijo:

—Está bien. Usted dice que mi novela es mala. Glusberg dice que mi novela es mala. Gleizer dice que mi novela es mala. Pero yo y mi mujer decimos que mi novela es buena. Muy buena.

Eran dos contra un regimiento.

—¡Muy buena!—repitió—. ¡Chau!

—Y se retiró violentamente.¹²

Sin duda, los rechazos de las editoriales, tanto las del grupo de Boedo como las del de Florida, generaron el alejamiento del escritor, quien los miró con distancia y no se reconoció, primeramente, en ninguno de los grupos. Incluso, planteó un juego de oposiciones entre ambos exponiendo, por ejemplo, los temas que eran recurrentes en cada uno. Así fue que llegó a afirmar, de manera provocadora: “En literatura leo sólo a Flaubert y a Dostoievsky”.¹³ Arlt consideraba que la diferencia principal entre estos se hallaba en sus lecturas:

Si usted se pasea por Florida, me comunica con un aterrador lujo de detalles las razones de por qué Dostoievsky era un degenerado y Tolstoi un reblandecido-, si usted democratiza por Boedo, me dice pestes de ese “burgués” de Flaubert y de ese otro aristócrata de D’ Annunzio. Y usted, en Florida, barredor y dogmático como sumo pontífice de las letras, lo descuartiza a Dostoievsky y lo reduce a Tolstoi a las dimensiones de una lenteja, mientras que usted en Boedo, me explica cómo Flaubert escribía

¹² Citado en S. Saítta. *op. cit.* p. 47.

¹³ Citado en S. Saítta. *op. cit.* p. 63.

sus novelas y lo fácil que le sería a usted, naturalmente, si usted quisiera, ser un literato superior a Flaubert.¹⁴

En este contexto, resulta importante mencionar la fuerte presencia de las influencias tolstoianas de origen libertario en el desarrollo del anarquismo. Viñas expone en cuanto a esto que, en Chile, hubo intelectuales que “intentaron organizar grupos y comunas que tomaban como modelo lo que en la Rusia de comienzos de siglo había llevado a cabo Tolstoi”. (Viñas, 2009: 196).

En suma, la esencia literaria de Arlt se acercaba más a la de los boedistas que a los del segundo grupo, principalmente, en lo que hacía al “interés por el sufrimiento humano”.¹⁵ Además, él conocía a sus integrantes y solía participar de sus reuniones en la casa de Castenuovo. Incluso, Claridad terminó finalmente editando sus tres primeras novelas. Sin embargo, la duda sobre su pertenencia a alguno de los grupos la erradicó en su totalidad el mismo Arlt cuando, en 1929, dio una entrevista en la que declaró: “En el grupo llamado de Boedo encontramos a Castelnuovo, Mariani, Eandi, yo y Barletta”.¹⁶

6. SU ROL PERIODÍSTICO Y EL COMPROMISO SOCIAL A FLOR DE PIEL

En 1926, Arlt comenzó a iniciarse en el periodismo en la revista *Don Goyo*, dirigida por su amigo Nalé Roxlo. Allí obtuvo su primer trabajo estable y rentado vinculado al periodismo. Las veintidós notas que el escritor publicó en esta revista se caracterizaron por ser relatos breves, narrados en primera persona y con un fuerte acento autobiográfico. Muchas veces escribió episodios de su juventud, tomando a personajes reales, familiares o vecinos del barrio de Flores, a los que colocaba en situaciones absurdas.

Más adelante se unió al grupo de redactores del diario *Crítica* como cronista del segmento de policiales. Esta actividad “lo lleva a recorrer zonas de la periferia, sumergirse en los bajos fondos de la ciudad, conocer personalmente a delincuentes, proxenetas y ex convictos. Es así como en uno de los prostíbulos del bajo conoció a Noé

¹⁴ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 63.

¹⁵ *Ibidem*

¹⁶ *Ibidem*

Trauman, regente de varios lupanares”. (Saítta, 2008:69). Trauman era un anarquista polaco que había llegado a Buenos Aires en 1906, con el que Arlt mantuvo varias entrevistas y fue en quien se basó para construir el personaje de Haffner, el rufián melancólico de *Los siete locos*.

En marzo de 1928, Roberto recibió una oferta muy tentadora: participar en la fundación del diario *El Mundo*. Esta tarea que, al principio se basaba en la escritura de una nota diaria donde no aparecía siquiera su firma se convirtió, luego, en la columna de las famosas *Aguafuertes Porteñas*. “Arlt asume una primera persona que convertirá este espacio periodístico en el lugar donde volcar opiniones propias, sostener posiciones muchas veces controvertidas e intervenir en las discusiones culturales del momento”. (73). Además, su columna era la única sección firmada, lo que le daba un reconocimiento inmediato. Con esto Arlt consolidó un lugar propio “Periodista profesional, con sueldo y horario fijos, su vida laboral —y su escritura— se ordenan de acuerdo a las leyes del mercado moderno”. (74). Sin embargo, esto, que para muchos era en lujo, para él significaba un atentado a su tiempo dedicado a la literatura. Más tarde, en el prólogo de *Los lanzallamas* afirmó:

Estoy contento de haber tenido la voluntad de trabajar en condiciones bastantes desfavorables, para dar fin a una obra que exigía soledad y recogimiento. Escribí siempre en redacciones estrepitosas, acosado por la obligación de la columna cotidiana. [...]. Orgullosamente afirmo que escribir, para mí, constituye un lujo. No dispongo, como otros escritores, de rentas, tiempo o sedantes empleos nacionales. Ganarse la vida escribiendo es penoso y rudo. Máxime si cuando se trabaja se piensa que existe a quien la preocupación de buscarse distracciones les produce surmenage. (Arlt, 2005b: 7).

Si consideramos que, años atrás, el escritor vislumbraba un futuro para sí incierto, resulta curiosa la queja, pero si entendemos que esta emana de la comparación que él hace con el resto de los escritores —aquellos que, al pertenecer a otra clase social, tenían tiempo para escribir, porque su literatura era sostenida por las rentas familiares o por el dinero obtenido en empleos nacionales—, comprendemos el matiz de la crítica, ya que, en este sentido, él siguió quedando a un costado del resto. Su situación no era la misma, incluso habiendo ya ganado cierto prestigio, su realidad seguía estando condicionada por el dinero, lo que simbolizaba que su inclusión no se daba de forma completa. Drucaroff —tal como lo expone Saítta— señala, con respecto a esto, que la

mirada y la envidia de Arlt está en los que ocupan los lugares de privilegio, “con el desprecio por los asalariados que trabajan en tareas no creativas [...], un desprecio hacia lo que hacen lo que él estaría haciendo si no fuera el talentoso niño terrible a quien el director paternal trata de gran escritor y emplea en un diario”.¹⁷

Pero pese a la queja, Roberto Arlt sabía que sus escritos, acompañados de su nombre propio, (ya reconocido y popular), eran la llave para salir del anonimato al que lo condenaba su origen social y podía palpar su oportunidad.

Las “Aguafuertes Porteñas” fueron, entonces, el lugar de su exhibición pública. Una exhibición que le otorgó una visibilidad que muy pocos escritores obtuvieron y lo puso en contacto con sus lectores, quienes le enviaban cartas felicitándolo, ofreciendo temas para sus artículos o lo visitaban para, por ejemplo, solicitarle empleo, denunciar malos tratos en ámbitos laborales o reclamar una investigación sobre malversación de fondos públicos. “Los lectores escriben y opinan, protestan y levantan la voz, participan en las encuestas que organizan los diarios y envían su colaboración a las secciones que así lo demandan”. (Saítta, 2008: 83). Arlt oyó los reclamos y realizó investigaciones periodísticas. Pero, por sobre todo, supo aprovechar ese espacio para publicar solemnemente, las quejas de una ciudad y para señalar y denunciar un sistema equivocado. En septiembre de 1932 realizó una pequeña investigación periodística en el Depósito Policial de Menores, recorriendo los pabellones, entrevistando a los directores y a los propios menores “para denunciar la irresponsabilidad de los jefes y la monstruosidad de un sistema que en lugar de prevenir el delito, lo genera”. El mismo Arlt en su texto “Escuela Primaria de Delincuencia (fin)”, publicado en *El Mundo*, argumentaba: “Todo chico que en un momento de estupidez cometa una travesura peligrosa está amenazado por la justicia (que se propone corregirlo) de ser encerrado allí, para que allí, en vez de corregirse, se eche definitivamente a perder”.¹⁸

En septiembre del mismo año, luego de recibir reiteradas acusaciones sobre el mal funcionamiento de los hospitales públicos, se dedicó a recorrerlos. Como cuenta Saítta, se introdujo en ellos sin permiso y con una identidad falsa y allí “conversaba con los enfermos, exigía datos a los médicos, cotejaba las versiones y, principalmente,

¹⁷ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 75.

¹⁸ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 84.

observaba con suma atención, el estado de higiene y de seguridad de los pabellones”. (85). Luego, daba por finalizada la investigación y hacia la denuncia.

Lo que el escritor se proponía era señalar la criminal indiferencia de la Intendencia frente a una depresión económica que había transformado a los hospitales en construcciones derruidas, donde los enfermos quedaban abandonados en manos de su suerte, como también advertir de la incidencia política en el nombramiento de médicos y enfermeras, y del mecanismo de desigualdad social que avalaba que las personas de dinero se atendiesen en los hospitales públicos. Sus notas generaron un fuerte impacto y la sociedad reaccionó ante tales denuncias “Sus Aguafuertes se pegan en las paredes de los hospitales, promoviendo en algunos casos verdaderas rebeliones de enfermos, y por primera vez, su palabra escrita suscita cambios y provoca hechos”. (86)

Sin duda, los escritos de Arlt incidieron en quienes los leían y éste conocimiento llevó al escritor a politizar también su mirada sobre la ciudad, el cambio urbano posterior a la crisis del treinta y a denunciar los efectos de esa modernización desapareja. Fue así que, acompañado por un fotógrafo del diario, decidió recorrer los barrios periféricos, donde percibió terribles abismos sociales. “En esta campaña periodística, titulada «Buenos Aires se queja», Arlt parte de una constatación que se convierte en la base de su denuncia: «A los del centro, todo; a los de la orilla, nada». (88).

La ciudad se queja, dice Arlt en sus notas dirigidas a la Municipalidad y al Consejo Deliberante, y se queja porque, aunque los propietarios paguen sus impuestos, la basura se sigue acumulando en las calles de tierra. Se queja porque no hay escuelas ni hospitales, y porque cuando los hay, sus condiciones son deplorables. Y se queja, sobre todo, porque los concejales municipales decretan la repavimentación de las calles de los barrios preferidos. (88).

La demanda de Arlt encontró una vía realista por donde transitar. La expresión de lo que anteriormente eran deseos se volvió una exigencia. Su mensaje se mostró al desnudo para dejar de ser el simple reclamo de un adolescente de barrio y convertirse en una acción verdadera, en una concreta denuncia que se escapaba del pulso de un escritor y periodista, pero, por sobre todo, de un hombre responsable de sus palabras.

Del costumbrismo a la denuncia, de aguafuertista a fiscal, la trayectoria de Arlt en el periodismo de los años treinta acompaña al movimiento que la prensa en su conjunto está realizando. Con el arribo del Gral. Agustín P. Justo a la presidencia del país en 1932, se inicia una nueva fase en el periodismo argentino que se caracteriza por la politización en sus modos de intervenir en la esfera pública. El clima político enrarecido por la proscripción de partidos y el fraude electoral, por el crecimiento de las agrupaciones nacionalistas y por la abstención del partido mayoritario, como también por una realidad internacional convulsionada por la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, incide fuertemente en los debates internos. (92)

Con esta actividad, Arlt se construyó bajo la mirada de sus lectores como un periodista atento a los más mínimos reclamos, definitivamente, en un interlocutor en quienes ellos podían confiar.

7. EL CICLO NOVELÍSTICO

Como hemos referido anteriormente, Arlt publicó su primera novela a partir de haber ganado el primer premio en el Concurso Literario de prosa y verso para escritores inéditos sudamericanos y de esa misma forma, en 1929, decidió publicar la segunda novela, *Los siete locos*. Entonces, quiso volver a tentar a la suerte en el Concurso Municipal de Literatura. No obstante, el exceso de trabajo le impedía culminar los últimos capítulos de su obra, por lo cual interrumpió, provisoriamente, su trabajo en el diario. Las críticas, como veremos más adelante, lo señalaban ganador, ya que él aparecía como el novelista más representativo de su generación. Varios críticos lo consideraban un genio o “un caso único” porque era un escritor que, si bien no conocía la gramática elemental, tenía una imaginación exuberante. Pero, Arlt no estaba atravesando un buen momento, padecía problemas de salud y su relación con Carmen había empeorado. Además, el hecho de que su último libro estuviese dedicado a otra mujer, no logró otra cosa más que un distanciamiento aún mayor, que culminó con la separación: ella en Córdoba con la pequeña Mirta y él en Buenos Aires. En una carta que Roberto le escribió a su hermana Lila, refiriéndose a este asunto le decía: “Al lado de ella no he estado nunca cómodo, nunca alegre, ella como mamá y como papá, lo

único que han sabido hablar es de dinero, siempre de dinero”.¹⁹ Y en la misma carta continuaba:

Parte de lo que he sufrido al lado de esta mujer está en *Los siete locos* en el capítulo de la Casa Obscura [...] Somos dos sensibilidades distintas. Dos almas distintas. [...] Pensá que yo puedo ser Erdosain, pensá que ese dolor no se inventa ni que tampoco es literatura, ese dolor es el que he llevado al lado de esa mujer en ocho años de condenación. Ocho años de angustia [...] Sabés, tantas cosas hay que pretende esta mujer de mí. Que la quiera. Cómo querela si ella no tuvo lástima de mí. Quiso que fuera hasta aprendiz de almacenero, para salvar su plata maldita. ¿Por qué no se casó con un tendero en vez de casarse con un escritor?²⁰

En cierta medida, esta expresión de dolor y de incompreensión tiene un componente doble, por una parte el fracaso matrimonial y, por otra, el dinero como destructor de toda felicidad o como un obstáculo que impide el acceso a ella, tanto en la niñez como en la adultez.

Paralelamente, el 11 de marzo de 1930, por medio de un ofrecimiento que le hizo Muzio Sáenz Peña, director de *El Mundo*, Arlt se marchó a la costa este de América Latina como cronista de viajes, pero no un cronista de paisajes exóticos, sino como un cronista que sabía registrar la situación social, cultural y política de territorios diferentes, en palabras de Saítta: “Un cronista que se distinga desde el vamos del típico viajero argentino con plata que se cree con derecho a escribir un libro o una serie de artículos ...”. (181). Entre el equipaje llevó los manuscritos de *Los lanzallamas* para continuar escribiendo su tercera novela. Fue la primera vez que el escritor salió del país y lo hizo en primera clase lo que significaba, de alguna manera, un ascenso social, un episodio que lo alejaba de su origen. Sobre esto, el escritor escribió en *El Mundo* el 8 de marzo de 1930:

¡Yo a bordo! ¡Hoy dio! Si me acuerdo de mis tiempos turros, de las vagancias, de los días que dormí en las comisarías, de las noches, entendámonos, de los viajes de segunda, del horario de ocho horas cuando laburaba de dependiente de librería; del horario de catorce horas también en otro boliche.²¹

¹⁹ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 104.

²⁰ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 105.

²¹ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 183.

Pero lo cierto es que este viaje volvió a abrir su mirada crítica en cuanto abordó el transatlántico que lo condujo a Montevideo: un episodio de “inadecuación social”, un absurdo error de color le quebró gratuitamente la ilusión y lo devolvió casi al instante a su sitio cuando los mozos del comedor le dijeron que su traje blanco no era pertinente para la ocasión. Así descubrió que la distribución espacial del barco reproducía el orden de clases: “arriba, los ricos; abajo, encerrados en camarotes sin luz natural, los pobres”. (Saítta, 2008: 183). Pero, pese a la brevedad del viaje (sólo duró dos meses porque se vio interrumpido por un telegrama que le comunicaba que con *Los siete Locos* se había hecho acreedor, finalmente, del tercer premio en el Certamen Literario), se mezcló con la gente, tanto en Montevideo como en Río de Janeiro, e intentó comprender sus costumbres y su política, que lejos estaban de asemejarse a las de Argentina. Se alejó de la figura turística: “El paisaje me reinventa. No miro las montañas ni por broma. ¿Qué hacemos con la montaña? ¿Describirla? Montañas hay en todas partes. Los países no valen por sus montañas”.²² En otras palabras, capturó la información que, luego, transmitió a los lectores de Buenos Aires.

La primera edición de *Los siete locos* se agotó prontamente y Claridad decidió realizar una segunda edición en 1930 y una tercera en 1940. Ante este éxito, en 1941, la editorial realizó, a su vez, una segunda edición del *Juguete Rabioso*, obra que, como ya hemos mencionado, había sido previamente rechazada por Castelnuovo. Asimismo, en noviembre de 1931, Claridad publicó *Los lanzallamas*, novela que, tal como se aclaró en su momento, había comenzado a ser escrita en 1930 y que anunciaba en su prólogo la salida de la cuarta y última novela, titulada *El amor brujo*, para agosto de 1932. Su tercera novela no alcanzó el éxito esperado, las ventas fueron menores y el prólogo resultó una especie de provocación que necesitó ser prontamente respondida. Varios de los escritores manifestaron que el nivel era mucho menor al de la primera parte y que las cuestiones desfavorables, que el autor comentaba en el prólogo, referentes al ambiente en el que había tenido que desarrollar la obra no debían importarle ni a los críticos, ni a los lectores, porque se trataba de argumentos poco convincentes. Afortunadamente, Roberto Arlt supo comprender que las críticas literarias formaban parte de un juego

²² Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 185.

intelectual, por ello, nunca le interesó participar. Recordemos que él en el prólogo de *Los lanzallamas* se anticipó a los hechos cuando escribió:

...he resuelto no enviar ninguna obra mía a la sección de crítica literaria de los periódicos. ¿Con qué objeto? Para que un señor enfático entre el estorbo de dos llamadas telefónicas escriba para satisfacción de las personas honorables: «El Sr. Roberto Arlt persiste aferrado a un realismo de pésimo gusto, etc., etc.». No, no y no”. (Arlt, 2005b: 8).

Del mismo modo, consideramos que, si hubiera dejado influenciar por ellas, quizá, no habría siquiera presentado *El juguete rabioso* al concurso.

El amor brujo, finalmente, se editó en abril de 1932 por la editorial Victoria y poco tiempo después, salió una segunda edición en la editorial Rañó. “Arlt escribe su cuarta novela en tiempo récord: en sólo seis meses, de acuerdo a sus propias afirmaciones, Arlt comienza y termina *El amor brujo*”. (Saítta, 2008: 112). Esta última producción novelesca recibió críticas aún más desfavorables que las anteriores y las ventas también se redujeron. Se desconoce realmente si fue ese el motivo que lo condujo hacia otro rumbo o si fue “la fascinación por el teatro y la necesidad de experimentar otras formas de escritura”. (116). Lo cierto es que cambiaron sus intereses:

Se acerca de un modo más formal a las agrupaciones de izquierda; colabora en revistas y diarios vinculados al Partido Comunista, participa en un frustrado programa de radio, sondea los rudimentos de ser un crítico teatral, colabora en la formación de una entidad política. (116).

8. BREVE MILITANCIA POLÍTICA

En 1932, Arlt fue invitado, junto con otros escritores de izquierda, por Rodolfo Ghioldi (dirigente del Partido Comunista Argentino) a participar del lanzamiento de un nuevo diario llamado *Bandera Roja*, –que aparecería como “Diario obrero de la mañana”. Incentivado por Castelnuovo, Arlt aceptó incorporarse a la redacción, pero en menos de un mes, se apartó de la publicación por disidencias con los militantes comunistas. En sus primeros artículos el escritor criticó a los socialistas, a los socialistas independientes y a los demócratas progresistas –a los que consideraba parte de lo mismo y “que poco se diferenciaban del general Uriburu, pues son capaces todos, para satisfacer sus ambiciones de jefes de partidos, de mandar ametrallar obreros, desterrar obreros o

apelar obreros, o encarcelar obreros”.²³ Pero, luego, colocó a los propios comunistas en el centro de la reflexión. Básicamente, lo que Arlt postulaba era que para llevar a cabo la revolución no bastaba con el entusiasmo, tal como lo consideraban ellos, sino que había que estudiar porque “Un partido compuesto de hombres, de los cuales cada uno es un técnico en la ideología en que se basan sus principios, disfruta de una fuerza tan extraordinaria de penetración que nada se le resiste”.²⁴ Los comunistas replicaron esto, argumentando que el revolucionario debía hacerse en la lucha, participando de los sindicatos y reuniones obreras para así “sentir en carne propia el desprecio de la burguesía dominante”.²⁵ Por su parte, Ghioldi también respondió a esta crítica arltiana y en su artículo afirmó que esa necesidad de estudiar a la que había hecho referencia Arlt, se debía a “una necesidad puramente individual porque él «ve en el marxismo la tabla de salvación para el problema de la felicidad individual»”.²⁶ Asimismo, Arlt volvió a atacar y expuso que él no creía que el proletariado fuese el que tuviese que orientar al intelectual pequeñoburgués, tal como argumentaban los comunistas, porque “en la Argentina, de cien proletarios... noventa ignoran quién es Carlos Marx, pero noventa pueden contestarle en qué estilo daba besos Roberto Valentino y qué bigote usa José Mogica”.²⁷ Finalmente, la disputa se dio por finalizada con la respuesta que dio, no sólo de Ghioldi, sino toda la redacción de *Bandera Roja*. En esta declaración el diario acusaba a Arlt un de “intelectual pequeñoburgués que pretende dirigir a los trabajadores hacia la emancipación porque ha leído el A.B.C. del Comunismo de Bujarín, siguiendo los métodos indicados en el Lanzallamas”.²⁸ Además lo vinculó con el anarcosindicalismo por considerar que ambos compartían el desprecio por las masas: “Resulta muestra de ignorancia que Arlt sostenga sus puntos de vista en nombre de un marxismo engendrado en su cerebro. Que lo haga en nombre de su anarquismo a lo gran señor, como diría Lenin, entonces las posiciones aparecerían más definidas”.²⁹

²³ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 162.

²⁴ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 163.

²⁵ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 164.

²⁶ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 165.

²⁷ Citado en S. Saítta, *op.cit.* p. 166.

²⁸ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 167.

²⁹ *Ibidem*

Salvo aisladas manifestaciones más literarias que políticas, hasta su ingreso en *Bandera Roja*, el escritor no había intervenido de lleno en la esfera política. Incluso, durante este período como redactor en el diario *El Mundo*, él había denunciado haber tenido que callar el “setenta y cinco por ciento de las cosas” que hubiera querido decir, incluso, el director le solicitó que no se metiera en asuntos políticos:

Me está prohibido meterme en política —le contesta a un lector—. Orden superior, y como usted sabe que donde manda capitán no manda marinero, huelga todo comentario. Además, el director dice que como siga tratando de ladronzuelos a los políticos, me van a matar y quiere conservarme con vida para que siga produciendo notas *persecula seculorum*”.³⁰

Saítta explica que su situación es paradójica ya que, por un lado, en *El Mundo* le prohibían hablar de política por considerarlo comunista y, por otro lado, en los diarios comunistas lo tildaban de pequeñoburgués. Castelnuovo, sobre esto argumentó que, pese a que su ideología era confusa, su sentido de clase no participaba de esa confusión de ideas.

Después del polémico episodio, Arlt no participó más de *Bandera Roja*, pero mantuvo su trabajo en la revista *Actualidad*, donde no escribía notas políticas, sino que polemizaba con escritores que no eran de izquierda o se involucraba como cronista profesional para registrar situaciones sociales, lo que, a nuestro criterio, era lo que más le interesaba. Allí, por ejemplo, escribió notas sobre los obreros que hicieron huelga en los frigoríficos de Avellaneda y sobre los desocupados que vivían en Puerto Nuevo. Arlt se enfrentó, así, a la miseria producida por la desocupación y a la terrible situación de explotación que padecían miles de obreros:

[...] El cronista está mareado. Tiene la impresión de que se ha metido en una cárcel. Cierto es que el sol entra por la ventana y que el cigarrillo humea entre sus dedos, cierto que él no necesita preocuparse de esos problemas, él no tiene que cargar bultos, ni andar descalzo en un saladero. Ni cargar fardos de carne de setenta kilos. No. Él gana en una hora de escribir pavadas lo que estos hombres ganan en un día de correr bajo el control de un reloj, y los gritos de un capataz defendido por los máusers de la policía del frigorífico, y los máusers de la policía del Estado. Y el cronista se dice: —¿A qué he venido? ¡Esto es peor que una cárcel! ¡Y ellos aguantan!... Y, si no aguantan, policías, periódicos, todos

³⁰ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 140.

gritan a coro: “Son hombres de ideas subversivas”. El cronista chupa su mate en silencio y piensa: —Me he venido con este magnífico sobretodo a ver si esta gente sin trabajo. “Hay que defender a la patria de estos elementos disolventes”. Hijos de puta. Así que la mujer que se desmaya, la otra que revienta tísica, la tercera que tiene que abrirse de piernas al capataz, son gente de ideas subversivas. ¡Treinta y cinco centavos la hora! Y, seguramente, en Londres, las hijas de estos accionistas se quejan de que la atmósfera no es lo suficientemente templada para ir a hacer el amor poético en un bosque más poético aún.³¹

En esta nota que él escribió para *Actualidad* en 1932, dejó claramente explícitas sus concepciones de la realidad, su interés y preocupación por los más desfavorecidos del sistema y la consecuente indignación que todo esto le causaba. Aunque, también, puso en evidencia sus propios cuestionamientos acerca de qué podía hacer él en su rol de cronista y periodista. La denuncia estaba clara, pero no lo conformaba. Se sentía, tal vez, un tanto hipócrita por su labor. Aquella que, si bien sacaba a la luz cuestiones que estaban escondidas o de las que sólo se conocía una de las caras, no dejaba de ser la cómoda tarea de un observador.

Arlt, por momentos se entusiasmaba con la idea de militar en algún partido político y con la lucha social, pero, luego, desaparecía de la discusión y de la militancia. Lógicamente, esta actitud fue siempre criticada. Sin embargo, consideramos que su ideología confusa, se debía, por un lado, al contexto social y político de la época (a nivel nacional y mundial), pero, por otro, a que el escritor carecía de sólidos conocimientos políticos. Arlt se vinculó con diferentes sectores de izquierda, adhiriendo a la causa revolucionaria, porque sentía que el sistema capitalista no funcionaba, porque, entre otras cosas, sólo enriquecía a unos pocos. Pero ninguno de aquellos sectores logró cautivarlo. Todos sus intentos de militancia se desvanecían cuando se topaba con dirigentes comediantes que manifestaban contradicciones entre sus ideas y sus acciones. Esto también fue plasmado al comienzo de *Los siete locos*, en el momento en que Erdosain es interrogado por el director, el subgerente y el contador de la empresa para la que trabajaba sobre el dinero que el empleado robaba; y refiriéndose a Gualdi, el contador, el narrador dice: “Al señor Gualdi, que tato lo había humillado a pesar de ser un socialista”. (Arlt, 2005a: 9). Está claro que el escritor siempre se interesó por comprender el mundo. Su mirada estaba puesta en la gente, en la sociedad, y no tanto en

³¹ Citado en S. Saítta. *op. cit.* p. 171

la política. Básicamente, porque él no creía en ella. Deducimos, entonces, que este es el principal motivo por el cual Arlt no participó activamente en ningún partido político. Consideramos que la falta de credibilidad y la desconfianza hacia ellos contrarrestaban con sus ganas de militancia. Y es por ello que, finalmente, optó por una vía más filosófica; y estableció su lucha social de forma independiente, difundiendo su ideología a partir de su escritura.

En un sentido amplio, podemos decir que una sociedad goza de bienestar cuando todos los individuos que la componen están bien. Arlt consideraba que los cambios, primero, debían generarse en cada individuo, por ello, también, en su enfrentamiento con los comunistas, él “invita a estudiar” (Saitta, 2008: 163) a los simpatizantes del comunismo. Esta es otra de las cuestiones que nos permiten detectar rasgos anárquicos en el escritor, el carácter individualista basado en que, necesariamente, cada individuo debe hacer una revolución personal para poder llevar a cabo una revolución social. Es decir, debe apropiarse de su libertad y aplicar sus actos con total conciencia y responsabilidad. En el capítulo titulado “Los anarquistas” de *Los lanzallamas* se hace referencia al anarquismo como un máximo escalón de la conciencia libertaria. En la conversación que mantienen Severo y Erdosain, el primero pregunta: “¿Usted qué clase de ideas políticas tiene?” A lo que Erdosain responde: “Soy comunista”. Y Severo continúa: “Después vendrá el anarquismo... no importa... por el momento éstas son pavadas que no conviene discutir [...]”. (Arlt, 2005b: 116). En este sentido, el resto de las doctrinas izquierdistas estarían representando los tramos del camino evolutivo que conduce al anarquismo. No está de más mencionar que los ideales que este último persigue suelen ser tan optimistas que, muchas veces, son interpretados como utópicos. Asimismo, y remitiendo nuevamente al artículo publicado en *Claridad*, observamos otras concepciones anarquistas, por ejemplo, que el escritor percibe la figura del capataz como la de un violento opresor arrebatador de la libertad; y la presencia de los relojes como un símbolo, por una parte, de dominio y, por otra parte, de sometimiento y humillación. Del mismo modo, observamos la concepción de un Estado inútil que, no sólo sostiene un cuerpo de policías corrupto (que brinda protección a los explotadores), sino que, también, promueve una total condición de desamparo a los obreros y a toda la sociedad.

9. LOS VIAJES

A partir de ese primer viaje que Arlt realizó por América, se abrió una nueva página en su vida. Tres años más tarde, comenzaron a surgir una serie de expediciones planteadas con condiciones diferentes: “ya no se trata de viajar en primera clase y de realizar la modesta vida social que los cruceros imponen, sino de compartir el trabajo cotidiano con los hombres que trabajan a bordo” (Saítta, 2008: 185).

Los primeros sitios fueron el Litoral y el Sur argentinos, donde se enfrentó con un “territorio neutral, un país aparte, sin marcas de nacionalidad, que remite más a «uno de aquellos pequeños estados luxemburgueses, principados de opereta» que a la República Argentina”. (190). Allí, también, percibió la indiferencia del Estado reflejada a partir de la situación de abandono en la que se encontraban las instituciones oficiales como la escuela pública y la policía. Luego, sobre esto narró “Todos estos niños famélicos son, instintivamente, ladrones: roban de hambre. El robo es, para ellos, un actividad mediante la cual directa o indirectamente pueden proporcionarse medios para comer”.³² Arlt se enfrentó con la cruda situación social y económica de los trabajadores del sur, donde administradores de estancia le contaban que trataban a los peones a latigazos porque “todos los pobres eran ladrones”.³³; y un farmacéutico de Bariloche afirmaba que había que fusilarlos a todos. Incluso, adentrándose en los rancheríos, se encontró con una promiscuidad y una escasez pavorosas. A su regreso le comentó a Castelnovo: “En la ciudad no sabemos lo que es la pobreza, éstos son los verdaderos pobres, los pobres sin cuento, los trabajadores pobres”.³⁴

En 1935, el director de *El Mundo* lo envió a España como corresponsal. Su alegría fue inmensa. En una carta a su hermana le escribía: “Yo... no te vas a caer de espaldas... salgo el 14 o sea el día jueves para España. Me manda el diario por tres o cuatro meses. Espero poder girarles cien pesos mensuales por esta razón. El diario me ha aumentado el sueldo para mientras esté allá, ciento cincuenta pesos”.³⁵ Antes de partir, visitó a conocidos que ya habían viajado al país europeo y se entrevistó con

³² Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 191.

³³ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 192.

³⁴ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 193.

³⁵ *Ibidem*

españoles radicados en la argentina en busca de datos, mapas y rutas que le sirviesen para encaminar su viaje. Sin embargo, sus expectativas se desmoronaron: en las calles, bares y cafés la política se hacía presente, exaltando a los españoles que “sólo discutían con pasión y aspereza sobre dirigentes políticos que Arlt no conoce”. (Saítta, 2008: 195). En su recorrido, que incluyó varias provincias de la región de Andalucía, se tropezaba con multitudes de obreros y de desocupados, mientras que en las fiestas populares, a las que asistía como invitado, notaba que: “las niñas bien sólo hablan de trivialidades y que a las marquesas únicamente les interesa mostrar su vestuario, mientras que los viejos hablan de política”.³⁶ La visión de la realidad social siempre le reflejaba las mismas diferencias.

Finalmente, dedicó escribir sus crónicas sobre el problema agrario español y el malestar peninsular, para lo que necesitó entrevistarse con campesinos, comerciantes y dirigentes políticos:

Sus investigaciones sobre la cuestión social y económica del campesinado andaluz lo vinculan con los dirigentes de la Junta Liberalista de Andalucía, la organización que reemplaza al Centro Andaluz, una corriente de pensamiento pro creación del Estado Libre de Andalucía”. (199).

En resumen, el resultado del viaje fue la contracara de la España turística: la injusticia social, la pobreza de los trabajadores y la violencia económica. En otra carta a Lila le contaba: “Los trabajadores viven como bestias, en caserones horribles como los que se describen en las novelas realistas, los únicos que están bien son los aristócratas... No sé de qué viven los pobres”.³⁷

En julio del mismo año, partió desde Algeciras con destino a Marruecos, África. En esta ciudad Arlt esperaba encontrarse con las cosas que había visto en las películas o las que había imaginado a través de la literatura, pero estos tópicos en Tánger, el primer sitio que recorrió, fueron desmentidos: nada se asemejaba a lo deseado, ni lo exótico, ni lo mágico, ni la limpieza, ni mucho menos las mujeres. Nada se correspondía con las imágenes que él retenía del Oriente. Sin embargo, cuando llegó a Tetuán, recuperó el

³⁶ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 197.

³⁷ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 201.

arrabal moro que andaba buscando, y el viaje se convirtió así en un espectáculo digno de ser protagonista de sus futuras obras.

A medida que realizaba sus tareas periodísticas, visitó escuelas y se sumergió en el mundo popular africano:

Todas las horas que tengo libres, es decir, aquellas en que no escribo, las gano merodeando por las catacumbas del arrabal moruno. Ya me conocen los tenderos, los tratantes de lana, los vendedores de aceite, los cortadores de babuchas, los cosedores de chilabas, los fundidores de plata. A veces, como un gato que aguarda que le echen un trozo de hígado, me siento en el suelo frente a la puerta de sus cuevas. Ellos me ofrecen un almohadón de cuero, y así me quedo ratos prolongadísimos, contemplándoles en silencio. Algunos me invitan con un vaso de té moruno, té verde, que huele a hierbas y a menta. Otras me meto al corral de campesinos, en la calle de los Tafirín.³⁸

El impacto de este viaje continuó en Buenos Aires, ya que, tanto el sistema de personajes como el escenario oriental y el orientalismo en sí mismo como tema se impusieron como materia narrativa y teatral, de hecho, quince de esos relatos fueron recopilados en *El criador de Gorilas*, en 1941.

Antes de retornar a su país natal, Arlt volvió a pisar el suelo español, pero esta vez, la parte norte del país mediterráneo. Como la economía estaba allí paralizada, no tuvo demasiado lugar para el turismo. Recorrió así La Coruña y viajó a Asturias con un propósito muy preciso: investigar lo que había sucedido en la revolución de octubre de 1934, “cuando los mineros resistieron, durante nueve días, la dura represión de las tropas del gobierno”. (Saítta, 2008: 213). Para poder entender la trascendencia de este hecho vale armarnos de cierto contexto: “Arlt llega a Oviedo ocho meses después de la insurrección armada de los mineros asturianos que, en sólo dos semanas, abolió la autoridad política del Estado y la autoridad económica y social de la burguesía”. (213). En los distritos mineros de Asturias habían realizado una alianza obrera (anarcosindicalistas, comunistas y socialistas) que había sobrepasado los límites del levantamiento. Durante esas semanas la autoridad central había sido reemplazada por comités revolucionarios locales que controlaron la organización militar y social de la ciudad, a lo que el gobierno respondió con una brutal represión, protagonizada por

³⁸ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 205.

tropas nacionales y por la Legión Extranjera. Lógicamente, este episodio no pudo pasar desapercibido ante los ojos de Arlt, quien intentó reconstruir, a partir de ciertas preguntas a los habitantes, ese Octubre Rojo de 1934. Sin embargo, las cosas no resultaron fáciles, la ciudad parecía un cuartel militar, la gente tenía miedo y la constante presencia de personal armado impedía el desarrollo de la conversación. El escritor no se rehusó y decidió, entonces, adentrarse en una mina. Solicitó los permisos correspondientes, se vistió con el overol azul y las botas, bajó doscientos cincuenta y dos metros bajo tierra, pero no logró hablar con los mineros, “aquellos muñecos de betún con los dientes blancos que viven en el perpetuo peligro de ser enterrados vivos y trabajan en condiciones infrahumanas”.³⁹ El escritor no pudo llevar a cabo la entrevista, pero sacó sus propias conclusiones, comprendió que las condiciones laborales podían explicar la psicología y el temperamento de aquellos obreros que, al vivir con la muerte merodeando a cada hora, no le tenían miedo a nada, ni siquiera a un levantamiento en armas. Además, observó las diferencias que había entre aquellos mineros y él. Sus manos y su rostro estaban despejados de carbón, el traje de obrero que llevaba puesto actuaba en él como un disfraz y, lo más significativo: él poseía un miedo que lo dejaba pálido. Saítta afirma este descubrimiento: “Arlt corrobora su exterioridad con el mundo asturiano y, sobre todo, con respecto al mundo proletario”. (217). Y más adelante, continúa: “Arlt descubre en España que, a diferencia de lo que percibía en Buenos Aires, los proletarios con conciencia de serlo, son realidades tangibles”. (217).

Lo que siguió fue Madrid y, en esta gran ciudad, lo que le causó mayor deslumbramiento fue el triunfo de las izquierdas, aquella unión de las masas izquierdistas españolas nunca antes vista. En todas partes se oían conversaciones y discusiones políticas: “Arlt analiza los discursos políticos, transcribe sus párrafos más significativos, discute con las versiones aparecidas en los diarios madrileños, lee los diarios marxistas que aparecen a cada hora” (223), no sólo para escribir sus notas, sino para entender lo que estaba pasando. Finalmente, llegó de regreso a Buenos Aires en mayo de 1936 sin muchas respuestas. Dos meses más tarde se desató la Guerra Civil Española.

³⁹ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 215.

Ya en 1937, volvió a involucrarse en las problemáticas sociales de su país. Esta vez el escenario fue Santiago del Estero y los efectos devastadores de la sequía. Allí vio más de lo mismo: animales, niños y ancianos en estado de desnutrición, miseria, hambre y sed. Su pulso plasmado en los artículos llegó al corazón de muchos lectores de *El Mundo* que prontamente ofrecieron sus donaciones, pero pese a la enorme satisfacción, Arlt mantenía fuertemente su deseo de estar del otro lado del charco, como corresponsal de guerra en el frente español, allí donde sucedían las cosas que realmente le importaban. De todas formas, tuvo que conformarse con ser testigo a través de los cables de noticias. Su tarea allí consistía en la extensión de esas dos o tres líneas que llegaban a la redacción, describía, luego, la foto e imaginaba la vida que se escondía detrás de ella. “La descripción de las fotografías de lo que está sucediendo en el resto del planeta, ya sea en las grandes ciudades como en los pueblos remotos, le permite ser un espectador directo de los hechos y no un resignado corresponsal de guerra a distancia”. (254). Cabe destacar que Arlt se preocupó por los hombres y mujeres comunes que vivían en países en guerra y no por las grandes personalidades. Hablaba del hombre del que ningún corresponsal se acordaba de escribir, el hombre de la calle, el hombre marginal. Lógicamente, en aquella época, a finales de la década del treinta y principios del cuarenta, la violencia y la convulsión del mundo le impedían mantenerse estrictamente al margen del cable de noticias, por lo que “irrupía como analista político cuando los acontecimientos revelaban su carácter de excepcionalidad” (255).

10. SUS ÚLTIMOS AÑOS

En 1940 Arlt, que continuaba trabajando para *El Mundo*, le insistió al director para que lo enviase a Chile. En este momento, Arlt ya se había separado de Carmen y se encontraba casado con su segunda esposa Elizabeth Mary Shaine, quien trabajaba como secretaria de León Bouché, en la revista *El hogar*. Además de su belleza, lo que lo había cautivado de esta mujer había sido su fuerte carácter y sus firmes convicciones “que la llevaban a opinar cuando el resto de las mujeres callaba”. (Saítta, 2008: 274). Elizabeth era una joven de 27 años que trabajaba desde los 19 en el periodismo. Pero esta relación también resultó un tanto complicada, ya que a tan sólo seis meses después de la unión matrimonial, Arlt solicitó el ya mencionado viaje con el propósito de alejarse, “huyendo

de Elizabeth y de una relación que parecía devorarlos”. (280). Asimismo, Saítta le atribuye otro sentido más peculiar. En su libro, comenta que no es casual que él haya elegido Chile para su huída. Considera que el triunfo del Frente Popular, que había colocado en la presidencia a Pedro Aguirre Cerda en 1938, despertó en Arlt una enorme curiosidad: “Se podría suponer entonces que Arlt elige Chile porque es su única posibilidad de analizar de cerca un país gobernado por un Frente Popular, única experiencia no europea, que surge a instancias del Partido Comunista Chileno e incluye a los socialistas y a los radicales” (281). Es necesario tener en cuenta que Aguirre Cerda provenía del ala derecha del Partido Popular, pero que su campaña y la esperanza dada a la masa chilena, arrojaban cierta expectativa de cambio en sus convicciones de terrateniente conservador en favor de la materia social, convirtiéndose “en un servidor de las aspiraciones populares de las que había recibido tantos testimonios conmovedores”. (281). No obstante, una sumatoria de altercados generó la desintegración del Frente, en 1941, por lo que, cuando Arlt llegó a Santiago de Chile, se encontró con un país totalmente convulsionado económica y políticamente.⁴⁰

Antes de regresar a Buenos Aires Elizabeth viajó a Santiago a pedido de su esposo y se reconciliaron. El 1 de abril de 1942 ella quedó embarazada, pero Roberto Arlt no llegó a conocer a su hijo, murió un domingo 26 de julio del mismo año, tras haber sufrido un ataque cardíaco.

Es pertinente recordar que, tal como ya hemos anticipado al comienzo del capítulo, hemos decidido dejar de lado ciertos datos de la biografía del escritor, no por restarles importancia, sino por considerarlos poco relevantes en cuanto a lo que nuestro trabajo se propone demostrar. Nos referimos, entre otras cosas, a la etapa de Arlt como dramaturgo. Sin embargo, en lo que hace a su faceta de inventor, será tratada más adelante, en el capítulo III.

⁴⁰ Para más detalles ver S. Saítta, *op. cit.* pp. 281-284.

CAPÍTULO II

EL ANARQUISMO

El espíritu libertario es propio de toda época histórica, incluso, este ideal se encuentra ya en la antigüedad clásica, pero nosotros haremos mención a los anarquistas de finales de siglo XIX y principios del XX.

En rasgos generales, la fuerte presencia del anarquismo en aquella época se debe a una crispación o polarización de la homogeneidad tradicional de la sociedad, tanto en Argentina como en toda Latinoamérica. La inserción definitiva de América Latina en el espacio instaurado por el mercado mundial marcó una mutación histórica, donde la división del trabajo a nivel global incidió en el desdoblamiento de la ciudad liberal, generando enfrentamientos internos. Básicamente, se trataba de una fuerte oposición entre los anarquistas y “los herederos de los únicos propietarios tradicionales de las repúblicas latinoamericanas” (Viñas, 2009: 23).

1. ¿QUÉ ES EL ANARQUISMO?

Si bien en la actualidad se ha suavizado el sentido semántico de los términos “anarquía” y “anarquismo”, consideramos necesario citar, a modo de ejemplo, lo que el *Nuevo Diccionario Enciclopédico Ilustrado* de la editorial Sopena, publicó en 1960, para comprender el impacto que este movimiento había causado en la sociedad y el sentido que pretendían darle a dichos sucesos, no sólo en la Argentina, sino en el mundo, no sólo en el siglo XIX, sino desde la antigüedad:

Anarquía: (*gr.an*, *priv.*, y *acrché*, autoridad.). Falta de gobierno o autoridad en un Estado. Desorden, confusión por ausencia o debilidad de la autoridad pública. Incoherencia, barullo, en cosas que requieren orden y método.

Anarquismo: Conjunto de doctrinas de los anarquistas. Sistema político que tiende a la destrucción de la autoridad y a la subversión del orden social.

Anarquizar: Propagar el anarquismo. Promover desorden y confusión.

Pese a que la aspiración a la libertad absoluta tuvo diversas manifestaciones a lo largo de la historia, podemos arriesgarnos a decir que durante mucho tiempo la palabra “anarquía” estuvo vinculada a un significado erróneo. Anselmo Bellegarrigue, quien en

1850 redactó el primer manifiesto del anarquismo, afirmaba que: “la anarquía es el orden”⁴¹ y en su texto se proponía restituirle el derecho etimológico que le concedían las democracias a dicho término, argumentando que ésta era la negación de los gobiernos. Y que “los gobiernos, de los que somos pupilos, naturalmente, no habían encontrado nada mejor que hacer que educarnos en el temor y el horror a su destrucción”.⁴²

Según el *Diccionario Político*, el término tiene un origen preciso en el griego ‘sin gobierno’ y:

Se identifica con una sociedad libre de todo dominio político autoritario, en la cual el hombre actúa en virtud de la propia acción ejercida en un contexto sociopolítico en el que todos deben ser igualmente libres. Por esta razón, el anarquismo significa la liberación de todo poder superior, ya sea este de orden ideológico, político, jurídico, económico o social. Por lo tanto, es un movimiento que asigna tanto al hombre individual como a la colectividad el derecho de usufructo de toda libertad, sin ser oprimidos y encontrando únicamente los obstáculos que presenta la propia naturaleza.⁴³

Nosotros tomaremos, entonces, la línea que entiende que anarquía no significa caos ni desorden, sino todo lo contrario. Consideraremos que los ideales anarquistas persiguen un orden, basado en la paz que se alcanza por medio de la abolición de las clases sociales y de cualquier poder; y aspiran tanto a la igualdad en todos sus sentidos, como a la libertad, considerándolos dos elementos fundamentales para poder acabar con la pobreza y el sufrimiento humano.

Del mismo modo, nos serviremos de la definición que Piotr Kropotkin realizó para la *Enciclopedia Británica*:

Anarquismo es el nombre que se da a un principio o teoría de la vida y la conducta que concibe una sociedad sin gobierno, en que se obtiene la armonía, no por sometimiento a la ley, ni obediencia a la autoridad, sino por acuerdos libres establecidos entre los diversos grupos territoriales y profesionales, libremente constituidos para la producción y el consumo, y

⁴¹ “El manifiesto de la anarquía de Anselme Bellegarrigue”, en *Manifiesto anarquista*, [en línea], [consultado: 20/09/10). Disponible en: <http://darkanark-manifiestoanarquista.blogspot.com/2009/10/el-manifiesto-de-la-anarquia-de-anselme.html>

⁴² “El manifiesto de la anarquía de Anselme Bellegarrigue”. art. cit.

⁴³ “El manifiesto de la anarquía de Anselme Bellegarrigue”. art. cit.

para la satisfacción de la infinita variedad de necesidades y aspiraciones de un ser civilizado.⁴⁴

Y este es el marco conceptual del que nos vamos a valer para establecer el lazo que une a Arlt con esta corriente, principalmente, entendiéndola como una “teoría de la vida”.

2. ANARQUISMO EN LA ARGENTINA

En 1870 había comenzado el proceso de modernización que transformó a la sociedad del siglo XX en un acelerado y desordenado producto. En 1890 ya se hacían evidentes los efectos sociales de dicho proceso que había dado lugar a la formación de un mundo del trabajo constituido por una clase obrera que ocupaba fábricas, talleres, comercios, etc. Es necesario recordar que Buenos Aires era el centro político y la ciudad puerto más importante del país; allí se hallaba gran parte de la riqueza económica-financiera y se concentraba buena parte de la industria, los servicios y el comercio.

En esta sociedad, en la que se empezaban a notar las diferencias, por la permanente movilidad (horizontal y vertical) del cuerpo social, se hallaba ausente la presencia del Estado, como agente nivelador de los problemas laborales que se presentaban. Los conflictos económicos, que llevaban a la confrontación social y al enfrentamiento, la desprotección de los obreros (principalmente de los inmigrantes) y la falta de equidad y de justicia resultaban un ambiente favorable para la presencia y el desarrollo del anarquismo. Juan Soriano amplía esta información en su texto *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*:

El anarquismo cuya característica relevante era la acción y no la reflexión, se convirtió en un integrante sustancial de la cultura del conflicto y ocupó precisamente aquellas zonas en donde se hallaba ausente el Estado u otro tipo de instituciones. Mientras esos factores perduraron y se combinaron una serie de problemas como las malas condiciones de vivienda, la desprotección laboral, la desocupación, los bajos salarios, las malas condiciones de trabajo y la oclusión política, las

⁴⁴“Anarquismo, definición de Kropotkin para la Enciclopedia Británica” [en línea], [consultado: 20/09/10]. Disponible en: <http://www.theyliewedie.org/ressources/biblio/es/Kropotkin - Anarquismo definicion.html>.

propuestas libertarias tuvieron vigencia y fueron relativamente creíbles y atractivas para los trabajadores. (2001: 19).

Vale recordar que, como ya hemos mencionado en el capítulo I, una porción importante de estos trabajadores eran inmigrantes que sufrían, además de la explotación laboral, la marginación y el desarraigo. Perdidos los lazos familiares y tradicionales, sólo les quedaba la esperanza, a nivel social, de una contención comunitaria, rol que en buena parte supieron cumplir los anarquistas a través de los círculos y los centros que creaban, que actuaban como lugares de encuentro y sociabilidad, un espacio de pertenencia y de participación.

El anarquismo en el mundo del trabajo se magnificó rápidamente: en 1902, se estimaba un total de 6000 anarquistas en el país y, dos años más tarde, se calculaban más de 4000 sólo en la Capital Federal. Esto hizo aumentar la preocupación de las elites, “por el carácter social amenazante que el anarquismo podía imprimir al movimiento obrero y a la protesta en general”. (Soriano, 2001: 20). Los anarquistas comenzaron a reclamar mejoras por medio de las huelgas, las que eran fuertemente reprimidas. En este contexto fue que, el gobierno decidió sancionar la Ley de Residencia que le permitió excluir del país a los extranjeros que “sólo traen el propósito de perturbación o conmoción social y los de no contribuir a ninguno de los fines de la comunidad civilizada”. (Viñas, 2009: 216). Sobre esto, Rafael Barrett, en su libro *Moralidades actuales* (1909) escribió:

Ahora el Poder Ejecutivo presenta al Congreso un proyecto de ley contra la inmigración “malsana”. Se trata de impedir que desembarquen los idiotas, locos, epilépticos, tuberculosos, polígamos, rameras y anarquistas, sean inmigrantes, sean simples pasajeros [...] No conozco más formidable enemigo de las instituciones que el padre de “Crainquebille”. ¿Ravachol era anarquista? También lo fueron los ascetas, San Francisco de Asís. También los es Tolstoi. El anarquismo es una teoría filosófica. ¿Ha tomado el poder ejecutivo un diccionario para enterarse? Anarquista es el que cree poder vivir sin el principio de autoridad. Hay organismos esencialmente anarquistas, por ejemplo la ciencia moderna, cuyos progresos son enormes desde que se ha sustituido el criterio autoritario por el de la verificación experimental. ¿Qué la sociedad de hoy no está preparada para constituirse anárquicamente? Es muy probable. Discútase, examínese. ¿Qué tiene que ver todo esto con la inmigración malsana?

Protesto contra la teoría temible de perseguir a los que construyen un sistema de ideas, clasificándolos entre los polígamos y los idiotas. No sé si Vaillant o Henry dijo que la lectura de Spencer le había inducido al

atentado. ¿Qué nos importa? Muchos ladrones profesan el capitalismo. Muchos asesinos adoran a Dios. Aun hay quien se figura que la idea abstracta conduce al crimen. No: no es el metafísico libertario el lanza la bomba, sino el gorila de los bosques prehistóricos. ¿Y con qué derecho nos opondríamos a que una inmensa clase de hombres que trabajan y sufren se apropie de las ideas que le convienen? El Poder Ejecutivo tiene su sociología ¿Por qué no han de tener los obreros la suya?⁴⁵

Cabe aclarar que los anarquistas argentinos llevaron a cabo muy pocos atentados. Su arsenal, básicamente, se componía de una combativa y, a veces agresiva, retórica que pretendía reforzar la construcción de una propuesta cultural, política e ideológica alternativa presente en los círculos, las escuelas y la prensa. “El anarquismo pretendía educar a los trabajadores y concientizarlos”. (Soriano, 2001: 19). El capital cultural que ellos poseían no era original, en él se reconocían diversas influencias o cruces con otras doctrinas filosóficas que abarcaban “desde el concepto de familia hasta el rol de la mujer, desde las influencias provenientes del romanticismo, el realismo y el naturalismo, hasta el fuerte contenido moral de su cosmovisión social”. (Soriano, 2001: 27). Con respecto al rol de la mujer corresponde destacar la mención que hace Viñas en su obra, en la que refiere que:

La mujer anarquista no se limitaba a una acción de retaguardia o de acompañamiento: oradoras, panfletistas, organizadoras, especialistas en educación y auténticas feministas que no se limitaban a exigir el voto “democrático” postulado por mujeres de formaciones políticas reformistas. Y sí se reconocía una genealogía que las vinculaba a las *pretolouses* de la comuna parisina de 1871, hacia los años posteriores a la guerra de 1914, se hubiera hermanado con Rosa Luxemburgo. Víctimas en muchos casos de las represiones más encarnizadas, sus figuras se antagonizan —por su estilo, lenguaje, clase y cotidianeidad— con referentes de su género como Delfina Bunge de Gálvez o Victoria Ocampo. (2009: 24).

No es casual que Arlt, en el capítulo titulado “Los anarquistas” de su novela *Los Lanzallamas* haga mención a una mujer. En principio porque los anarquistas presentes en la escena son tres y uno de ellos es una mujer, por lo que es pertinente destacar que rige una condición de igualdad respecto al género. En esa secuencia queda claro que la mujer no se encuentra al margen de la situación, pese a que, a simple vista, su rol pueda

⁴⁵ Citado en D. Viñas, *Anarquistas en América Latina*, Buenos Aires: Paradiso 2009, 226.

parecer secundario. Si bien, no tenemos conocimiento del contenido de la conversación que mantiene con el astrólogo, es ella la que arrima la primera silla a los invitados, en señal de aprobación de esas visitas y, luego, ofrece cordialmente unos mates. Además, es ella, también, la que cierra, de alguna manera, el encuentro con el astrólogo, evocando las últimas palabras en la charla:

Los tres hombres no hablaron más. Se miraron mutuamente y la mujer, que con la criatura en el brazo atendía a la conversación, repuso:

—Son diferencias insignificantes.

—Hay que estudiarlas —repuso el astrólogo y extendiendo la mano a los tres anarquistas se despidió.

Silenciosamente, tras él marchó Erdosain. Una congoja profunda le apretaba el corazón. Experimentó algún alivio cuando pensó:

—De cualquier modo, me mataré”. (Arlt, 2005b: 118).

Aquellas dos únicas acciones ejecutadas por una figura femenina que se presentan en la escena no deben pasar desapercibidas. Además, otro dato curioso es que Erdosain, percibe de una manera especial la relación de amor entre la pareja: “El hombre de barbilla reluciente y ojos verdosos (que cree que se trata, nada menos, que de Di Giovanni) miró cariñosamente a la mujer y dijo: Bueno, pero dame al nene”. (Arlt, 2005: 114). Pero lo más destacable acontece luego de la despedida: el personaje comprende que aquellas personas experimentaban un amor incondicional hacia sus ideales y hacia la causa. Esa familia que luchaba a través de una acción “descubierta y franca” (para la que Erdosain no servía), estaba dispuesta a darlo todo por la revolución, incluso ya teniendo un niño. En este sentido, podemos hablar de un amor duplicado porque, al participar también en otros terrenos —específicamente, en el de la militancia—, cobra otra dimensión y se vuelve un símbolo de fortaleza. Remo Erdosain observa que en la pareja de anarquistas prevalecen otras cuestiones además del enamoramiento: el compañerismo, el respeto, la igualdad, la sinceridad y la lucha. Y, además, comparten la visión de mundo, un elemento que Remo no ha podido lograr con ninguna de las mujeres con las que se relacionó. Toda esa suerte de elementos termina conmoviendo al personaje, por lo que consideramos que, probablemente, la “congoja” que se manifiesta en él al final del encuentro proviene de la certeza de saber que el sueño de aquellos no se cumplirá.

3. EL RESPETO

Otra cuestión que merece ser destacada es que, tanto en el capítulo “Los anarquistas” como a lo largo de toda la novela, el anarquismo fue tratado con máximo respeto y en ningún momento se cuestionó su accionar de un modo denigrante o despreciativo. Durante el encuentro con los revolucionarios, Erdosain se siente sorprendido, “no le faltan motivos para admirarse” (Arlt, 2005b: 116) cuando Severo le muestra la imprenta clandestina. Incluso, termina dándole consejos sobre explosivos y recomendándole el uso de los gases, en lugar de las bombas, por considerarlos mucho más eficaces.

Factiblemente, esta cuestión del respeto se deba a que Arlt mantuvo relación con varios anarquistas. Incluso, participó de la ejecución de Severino Di Giovanni, militante y anarquista italiano radicado en la Argentina, como cronista del diario *Crítica*. Y redactó la nota titulada “He visto morir...”, que fue publicada en las “Aguafuertes Porteñas”. Si bien allí, el escritor hace una descripción detallada del episodio, que abarca desde el momento en el que van a buscar al condenado, hasta su fusilamiento, lo más interesante es que él narra la fortaleza de aquel hombre que no se quebraba ante nada, ni siquiera ante su propia muerte:

Mira tiesamente a los ejecutores. Emanada voluntad. Si sufre o no, es un secreto. Pero permanece así, tieso, orgulloso.
Surge una dificultad. El temor al rebote de las balas hace que se ordena a la tropa, perpendicular al pelotón fusilero, retirarse unos pasos.
Di Giovanni permanece recto, apoyada la espalda en el respaldar. Sobre su cabeza, en una franja de muralla gris, se mueven piernas de soldados.
Saca pecho. ¿Será para recibir las balas?
—Pelotón, firme. Apunten.
La voz del reo estalla metálica, vibrante:
—¡Viva la anarquía!
—¡Fuego!⁴⁶

Di Giovanni buscaba la revolución y creía que esta, necesariamente, se lograba a través de la violencia. Minutos antes de su ejecución, el 1 de febrero de 1931, escribió:

[...]No busqué afirmación social, ni una vida acomodada, ni tampoco una vida tranquila. Para mí elegí la lucha. Vivir en monotonía las horas mohosas de lo adocenado, de los resignados, de los acomodados, de las conveniencias, no es vivir, es solamente vegetar y transportar en forma

⁴⁶“He visto morir...”, en *Severino Di Giovanni* [en línea], [consultado: 15/10/10].
Disponible en: <http://www.elortiba.org/severino.html>.

ambulante una masa de carne y de huesos. A la vida es necesario brindarle la elevación exquisita del brazo y de la mente. Enfrenté a la sociedad con sus mismas armas, sin inclinar la cabeza, por eso me consideran, y soy, un hombre peligroso.⁴⁷

Arlt, en cambio, estuvo siempre en contra de cualquier actitud violenta, de hecho, después del estallido de la guerra mundial, en septiembre de 1939, enfatizó su postura antibélica, tanto en su labor periodística como en su producción teatral. Pero, cabe aclarar que él comprendía la esencia de este accionar cuando era ejercido por los hombres desolados que, impulsados por la sed de venganza, recurrían a violencia con la intención de reafirmar su existencia y reivindicar sus derechos (recordemos el episodio vivido junto a los mineros de Asturias, al que ya hemos hecho mención en el capítulo I). En cuanto a los principales personajes de sus novelas, Silvio Astier y Remo Erdozain, podemos afirmar que ambos sienten la necesidad de cumplir con la brutal “ley de ferocidad” que está adentro de ellos. Con relación al primero, consideramos que hay dos situaciones en las que se lleva a cabo esta acción reivindicadora: una es a través de la venganza, cuando arroja la braza al montón de papeles con la intención de quemar la librería; la otra es por medio de la traición, precisamente, en el momento en que delata a su amigo el Rengo ante el ingeniero Arsenio Vitri. Si bien, aquí el acto no es violento y entran en juego otras cuestiones como, por ejemplo, el deseo de experimentar lo mismo que su héroe Rocambole, el adolescente ve en la traición una última posibilidad de integración social, una vía por la cual poder obtener la aceptación y el reconocimiento de la clase alta. A través de la ejecución de ese acto desleal, que deviene, en parte, del resentimiento que provocaron sus reiterados fracasos, busca apartarse de los marginales como él, con el fin de cruzarse de vereda y consagrarse como un héroe. Sin embargo, cuando él se presenta ante el ingeniero, este le pregunta:

—¿Cuánto le debo por sus servicios?
—¿Cómo...?
—Sí, ¿cuánto le debo...?, porque a usted sólo se le puede pagar.
Comprendí todo el desprecio que me arrojaba a la cara.
Palideciendo, me levanté:
—Cierto, a mí sólo se me puede pagar. Guárdese el dinero que no le he pedido. Adiós.

⁴⁷ “Severino Di Giovanni”, *Esperanza Libertaria*, [en línea], [consultado: 17/10/10].
Disponible en: <http://esperanzalibertaria.blogspot.com/2010/06/severino-di-giovanni.html>.

—No, venga, siéntese... ¿dígame, por qué ha hecho eso?
—¿Por qué?
—Sí, ¿por qué ha traicionado a su compañero?, y sin motivo.
—¿No le da vergüenza tener tan poca dignidad a sus años?”
Enrojecido hasta la raíz del cabello, le respondí:
—Es cierto... Hay momentos en nuestra vida en que tenemos necesidad de ser canallas, de ensuciarnos hasta adentro, de hacer alguna infamia, yo qué sé... de destrozarse para siempre la vida de un hombre... y después de hecho eso podremos volver a caminar tranquilos. (Arlt, 2004: 148).

Al oír las palabras del ingeniero, Silvio comprende que ha cometido un error, que ha fallado como ser humano. En esta primera instancia, la fantasía del héroe se desvanece ante la realidad, una realidad social que lo vuelve a condenar y que lo hace padecer, nuevamente, la humillación de la clase poderosa. Asimismo, Arsenio Vitri intenta tomar las riendas de la situación por medio del ataque, manifestando un aire de supremacía y soberbia. Esa primera pregunta, con la que prejuzga la actitud del adolescente y lo denigra, denota la fuerte presencia de una característica clasista en la personalidad del ingeniero, ya que remarca de modo consciente la distancia económica, cultural y ética que posee con respecto a Silvio. Pero más adelante la situación da un giro:

—Usted me ha insultado, y sin embargo no me importa.
—Yo podría ayudarlo a usted —murmuró.
—Usted podía pagarme, y ni eso ahora, porque yo por mi quietud me siento, a pesar de toda mi canallería, superior a usted —E irritándome súbitamente, le grité: —¿Quién es usted?... Aún me parece un sueño haber delatado al Rengo. (148).

Silvio, detecta la oscura actitud de Arsenio y se impone ante él, contraatacando su arrogancia. Si la estrategia del ingeniero consistía en invertir el sentido original de la intención de Silvio para ofenderlo, (pretendiendo, además, darle una lección de moral), esta se evapora al instante cuando le ofrece el dinero. Silvio se da cuenta, entonces, que está ante la presencia de un hombre sin valores y que, pese a que él ha traicionado al Rengo, su alma es más humana. Incluso, menciona varias veces que Arsenio no lo mira a la cara, sino que mira el lazo de su corbata. Durante el resto de la conversación (hasta el final de la novela) Silvio evoca frases del tipo: “Y saber que la vida es linda me alegra, parece que todo se llenara de flores... dan ganas de arrodillarse y darle las gracias a Dios, por habernos hecho nacer” (150). O: “Yo creo que Dios es la alegría de

vivir. ¡Si usted supiera! A veces me parece que tengo el alma tan grande como la iglesia de Flores... y me dan ganas de reír, de salir a la calle y pegarle puñetazos amistosos a la gente”. (140). Estas expresiones denotan ironía —no olvidemos que Silvio era un ser totalmente angustiado que había, incluso, intentado suicidarse—, pero también encierran un aire vencedor. El adolescente, convencido ya de su superioridad, logra no sólo captar la atención del arquitecto, sino, la promesa de un empleo en Comodoro.

Del igual modo, el personaje de *Los siete locos*, padece la misma angustia existencial, pero, asumida ya su exclusión, opta por revertir su posición, dejando de ser víctima para volverse victimario:

Yo soy la nada para todos. Y sin embargo, si mañana tiro una bomba, o asesino a Barsut, me convierto en el todo, en el hombre que existe, el hombre para quien infinitas generaciones de jurisconsultos prepararon castigos, cárceles y teorías. Yo, que soy la nada, de pronto pondré en movimiento ese terrible mecanismo de polizontes, secretarios, periodistas, abogados, fiscales, guardacárceles, coches celulares, y nadie verá en mí un desdichado sino el hombre antisocial, el enemigo que hay que separar de la sociedad. ¡Eso sí que es curioso! Y sin embargo, sólo el crimen puede afirmar mi existencia, como sólo el mal afirma la presencia del hombre sobre la tierra. (Arlt, 2005a:55).

Arlt destaca de los anarquistas el orgullo y el coraje, valores que considera intachables, y se los adjudica a sus personajes principales. Tanto estos últimos como los anarquistas son personas que sufren por la explotación capitalista, la falta de libertad, la humillación y la violación moral. Se sienten incomprendidos, marginados e ignorados y manifiestan toda su furia hasta las últimas consecuencias, sin miedo a perder porque, simplemente, al haber perdido la libertad, ya lo han perdido todo.

Para concluir con esta idea de comprensión y respeto hacia los anarquistas, consideramos pertinente citar el párrafo final de aquel artículo, “He visto morir”, donde Arlt se muestra atónito y desorientado por el comportamiento de “los reidores” que manifiestan una especie de festejo, como también por la actitud de la persona que asistió con zapatos de baile. Y, fiel a su estilo, deja impresa su opinión, o mejor, su queja, cuando realza un lado aún más perverso de la ejecución, criticando la falta de respeto de los presentes y haciendo, a su vez, un llamado indirecto a la reflexión: ¿Quién resulta ahora más cínico? ¿El muerto o los que se deleitaban con la matanza?:

Las balas han escrito la última palabra en el cuerpo del reo. El rostro permanece sereno. Pálido. Los ojos entreabiertos. Un herrero a los pies del cadáver. Quita los remaches del grillete y de la barra de hierro. Un médico lo observa. Certifica que el condenado ha muerto. Un señor, que ha venido de frac y zapatos de baile, se retira con la galera en la coronilla. Parece que saliera del cabaret. Otro dice una mala palabra. Veo cuatro muchachos pálidos como muertos y desfigurados que se muerden los labios; son: Gauna, de La Razón, Álvarez de Última hora, Enrique Gonzales Tuñón, de Crítica y Gómez, de el Mundo. Yo estoy como borracho. Pienso en los que se reían. Pienso que a la entrada de la penitenciaría debería ponerse un cartel que rezara:

—Está prohibido reírse.

—Está prohibido concurrir con zapatos de baile.⁴⁸

4. EGOÍSMO SOLIDARIO

En el año 1929, en un reportaje que le hacen en *La Literatura Argentina*, Arlt declaró:

Soy un perfecto egoísta. La felicidad del hombre y de la humanidad no me interesa un pepino. Pero en cambio el problema de mi felicidad me interesa tan enormemente, que siempre que lance una novela, los otros, aunque no quieran, tendrán que interesarse en la forma cómo resuelven sus problemas mis personajes, que son pedazos de mi mismo.⁴⁹

Este mensaje fue interpretado por Saítta como un subrayado de “su carácter individualista, alejado de todo interés político o social”. (140). Sin embargo, el matiz provocador de la declaración, rasgo característico del autor, encierra un significado netamente contrario. Si bien es cierto que Arlt, al momento de la declaración, todavía era muy joven y no se había empapado en la política, disintimos con la autora porque consideramos que ese egoísmo al que hace referencia el escritor está extremadamente ligado al concepto de individualismo. Cabe añadir que esta característica individualista, ya había sido detectada por Ghioldi en el momento en que Arlt hizo su breve participación en *Bandera Roja*. La polémica que sus declaraciones habían causado lo llevó a reflexionar a Ghioldi sobre la postura de Arlt: “Para Ghioldi, Art revela en su artículo la persistencia de una ideología individualista pequeñoburguesa pues enfoca el problema social desde un punto de vista puramente individual y psicológico, que nada

⁴⁸ “Severino Di Giovanni”. art. cit.

⁴⁹ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 140.

tiene que ver con el marxismo-leninismo. (Saítta, 2008: 165). Anselme Bellegarrigue, en el apartado titulado: “El dogma individualista es el único dogma fraterno” de su Manifiesto Anarquista, explica este concepto:

No sé qué hacer con las divagaciones de los antepasados; yo no tengo antepasados [...] Yo soy el primer hombre, yo seré el último. [...] Cuando sufro, ¿qué satisfacciones me proporciona la alegría ajena? Cuando gozo, ¿qué ganan de mis placeres aquellos que sufren? [...] Yo me encierro en el ciclo de mi existencia y el único problema que tengo que resolver es el de mi bienestar. No tengo más que una doctrina, esta doctrina no tiene sino una fórmula, esta fórmula no tiene más que una palabra: GOZAR. Es la del individualismo crudo, del egoísmo innato: no lo niego en absoluto, lo confieso, lo constato, me glorifico de ello. [...] Mi egoísmo no es más que la simple apropiación de mi mismo, un llamado a mi identidad, una protesta contra todas las supremacías. Si os sentís heridos por la realización de este acto de toma de posesión, por la conservación que llevo a cabo de mi persona –es decir, de la menos discutible de mis propiedades–, vosotros reconocéis que os pertenezco o como mínimo que tenéis miras sobre mí. Sois unos explotadores (u os estáis convirtiendo en tales), unos acaparadores, unos codiciosos de los bienes ajenos, unos ladrones. [...] Cada hombre es un egoísta; quien deja de serlo, se convierte en un objeto. El que pretende que no necesita serlo, es un ladrón.⁵⁰

En este sentido, lo que postula Bellegarrigue es que el dogma de la propia resignación, de la abnegación y de la renuncia del propio individuo a su innata cualidad de “ser libre” genera la aparición de la autoridad, de la orden y del mandato. Cada integrante de la sociedad debe ser el responsable de su afianzamiento dentro de ella y el principal postulante de su soberanía individual, primeramente, porque cada cual es el más indicado para decidir sobre su propia conveniencia y, en segundo lugar, porque de esta forma todo ser obedecería a sí mismo y, por ende, nadie podría mandar, ni ejercer el poder sobre el otro. Esto significaría, a su vez, que las intervenciones gubernamentales serían innecesarias e, incluso, el gobierno mismo, no tendría razón de ser. Además, en muchas de sus notas, podemos observar que Arlt desprecia de los políticos, los considera mentirosos, estafadores “que abusan de la credulidad de las masas ignorantes y que sólo buscan acomodarse para robar más tranquilamente”.⁵¹ Incluso, en una autobiografía escrita en 1927, el escritor afirmó: “Mis ideas políticas

⁵⁰ “El manifiesto de la anarquía de Anselme Bellegarrigue” art. cit.

⁵¹ Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 41.

son sencillas. Creo que los hombres necesitan tiranos. Lo lamentable es que no existan tiranos geniales. Quizás se deba a que para ser tirano hay que ser político y para ser político un solemne burro o un estupendo cínico”.⁵² Asimismo, tanto, Arlt como sus personajes, persiguen incansablemente una felicidad individual. Lo que no significa la inexistencia del deseo por un interés colectivo, sino todo lo contrario. Como ya hemos expuesto a lo largo del trabajo, la mirada del escritor ha estado siempre puesta en la sociedad, en las angustias, en las miserias y en las desigualdades a las que estaba sometido el ser humano y esto fue plasmado en toda su producción, tanto literaria como periodística. Incluso, en sus viajes él se abocó a capturar información para transmitírsela a los lectores de Buenos Aires. Por todo lo expuesto consideramos correcto afirmar que ese interés individual es “la célula madre” del interés colectivo o, mejor, su condición de existencia, ya que este último:

Sólo se realiza plenamente en la medida en la que quede intacto el interés personal; porque, si se entiende por interés colectivo, al interés de todos, basta que en la sociedad sea dañado el interés de un solo individuo para que, inmediatamente, el interés colectivo ya no sea el interés de todos, y en consecuencia, haya dejado de existir.⁵³

Varios autores coinciden en que el anarquismo, lejos de ser una búsqueda de bienestar individual, es una suerte de “fe solidaria”. Por ejemplo, Luis Eduardo García, poeta, narrador y periodista peruano escribió:

El anarquismo es una fe, una actitud, un romanticismo sistemático y perdedor, así como una forma asombrosa de solidaridad. Es una fe que nunca ha triunfado porque el anarquismo contiene en sí mismo un imposible: la conquista del poder en la forma convencional que conocemos. Para el anarquista el fin es el libre transcurrir del orden natural y social. Y es un estado sorprendente de solidaridad porque nunca nadie ha levantado con tanta lealtad los valores supremos como la hermandad, la solidaridad y el sacrificio en nombre de las ideas propias y ajenas. La vida entera está llena, además, de actos anarquistas, de allí la simpatía intelectual que este movimiento despierta entre quienes se adentran en su conocimiento.⁵⁴

⁵² Citado en S. Saítta, *op. cit.* p. 60.

⁵³ “El manifiesto de la anarquía de Anselme Bellegarrigue”. art. cit.

⁵⁴ “El factor anarquista”, en *Consejero del lobo*, [en línea], [consultado: 20/09/10]. Disponible en: <http://sercorriente.blogspot.com/2010/09/el-factor-anarquista.html>.

Del mismo modo, David Viñas en su texto *Anarquistas en América Latina* reafirmó la presencia de la solidaridad ejercida por los libertarios:

Asumía su carácter sagrado para los anarquistas la norma de socorrer a los asociados necesitados, por motivo de prisión, deportación, enfermedad, etc., sea con los fondos del sindicato, sea con contribuciones especialmente solicitadas por medio de la prensa obrera. (Viñas, 2009: 13).

Y, también José Amícola hizo referencia a esto cuando, en su texto *Astrología y fascismo en la obra de Arlt*, afirmó:

En esos años en que se desarrollaba el anarquismo en la Argentina la influencia de Bakunin iba siendo desplazada por la de Kropotkin, quien además del ímpetu revolucionario, acentuaba el sentimiento de solidaridad (Amícola, 1994: 64).

Vale recordar que esta actitud solidaria está presente en el gesto que tiene Erdosain con la familia Espila. En el apartado titulado “Los Espila” se narran la pobreza y los sufrimientos que éstos debieron sobrellevar; y se dice que Erdosain, con la instalación del laboratorio de galvanoplastia, “intentó inyectarles una esperanza” (Arlt, 2005b: 126) a estos individuos que carecían por completo de consuelo. La buena intención del personaje se manifiesta en la repartición de las ganancias, ya que con el éxito de los inventos es enriquecerían todos.

5. LAS CLASES SOCIALES

Ya hemos mencionado que tanto Arlt como sus personajes reniegan de la existencia de las clases sociales porque consideran que estas, inevitablemente, generan la desigualdad entre los individuos (al brindar privilegios a unos y desventajas a los otros) y fomentan una lucha entre las ellas, una enemistad que resulta irreconciliable. En términos generales, podríamos decir que la sociedad arltiana es percibida, así, como una agrupación de humillados y humilladores que establecen sus jerarquías según la pauta de conducta a la que respondan: obedecer o mandar. Un ejemplo preciso de esto se da en *El juguete rabioso*, a través de Silvio Astier: “Entristecido salí tras él con la canasta, una canasta impúdicamente enorme, que golpeándome las rodillas con su chillonería

hacía más profunda, más grotesca la pena de ser pobre”. Y luego pensaba: “«¿Y para vivir hay que sufrir tanto...?, todo esto... tener que pasar con una canasta al lado de espléndidas vidrieras...»”. (2004: 54). La misma concepción podemos observarla a través de las palabras de Remo: “Sufrí mucho... tanto... que más de una vez me sentí tentado a irme a ofrecer como criado en alguna casa rica... ¿Podía acaso tragar más vergüenza?”. (Arlt, 2005a: 144).

La Buenos Aires del 1900 que exhibía fachadas exuberantes, por un lado, pero que ocultaba “un universo oscuro, maloliente y exasperado” vivía en continua tensión. La “ciudad oligárquica” del pasado había devenido en *estados darwinistas*, en los que el malestar se hacía presente de forma permanente:

Pero quienes más padecían los resultados de ese darwinismo social eran los habitantes de los suburbios miserables, antítesis y correlatos de los ‘celestiales barrios del centro’; que, si sufrían una cotidianeidad humillada con horarios paulatinamente más controlados por relojes mecánicos silbatos y acreedores, resultaban cada vez menos resignados. Eran *los de abajo*: hombres y mujeres de ‘las penumbras, los sótanos, el encogimiento y la pestilencia’ que ya iban teniendo como voceros a los anarquistas. (Viñas, 2009: 17).

Este asunto del darwinismo expuesto por Viñas es producto de una analogía entre la teoría de la evolución y la lucha de clases, ya que en ambas teorías el más débil queda eliminado por el más fuerte. Asimismo, podemos agregar que existen textos que afirman que Engels y Marx fueron admiradores de la teoría de la evolución de Darwin:

En enero de 1861, Marx comentaba: «El libro de Darwin es muy importante y me sirve de base en ciencias naturales para la lucha de clases en la historia». Engels más tarde, en su *Discurso ante la tumba de Marx*, comparó la doctrina de su amigo con el darwinismo, considerando que tanto él como Marx estaban influenciados por las ideas de Malthus sobre la lucha por la supervivencia de los más aptos en el reino de la Naturaleza y por la propia ‘ley’ de Hobbes de ‘todos contra todos.’⁵⁵

⁵⁵“Evolución. Homenaje a Darwin” en Reedes, [en línea], 13-10-2009, [consultado: 20/10/10]. Disponible en: <http://www.redeees.com/publicacion/ver/id/380/evolucion>.

Kropotkin profundizó un poco más esta idea de la evolución y la vinculó, tal como lo hemos mencionado, con la solidaridad. En su libro *El apoyo mutuo* publicado en 1902, señaló las ventajas del apoyo mutuo frente a la competencia y estableció que la colaboración era el factor determinante de la evolución. En este sentido, podríamos decir que esta colaboración, que se fomenta cuando se comparte información y experiencia, se hace presente en las escenas en las que Erdosain expone sus conocimientos sobre química, por ejemplo, ante Severo, el anarquista, y ante el Astrólogo. Sin embargo, la vinculación que nos proponemos hacer resulta de la presencia de esa cuestión de “lucha por la vida” que está presente en *El juguete rabioso*, más precisamente en el encuentro sucedido entre Silvio y su amigo Lucio, aquel colega que había formado parte del “Club de los Caballeros de la Media Noche” y que, en la actualidad se desempeñaba como agente de investigaciones:

—Ranún... pero mirá, che, Silvio, hay que regenerarse; así es la vida, la struggle for life de Darwin.
—¡Que te has vuelto un erudito! ¿Con qué se come eso?
—Yo me entiendo, che; ésa es la terminología ácrata; así que vos también te regeneraste, trabajás y te va bien. (Arlt, 2004: 115).

Y más adelante, hablando sobre el paradero de Enrique Irzubeta, otro de los integrantes del club, decían:

—¿Y ahora sabés dónde está?
—Estará en Azul, ¡qué embromar!
—No, no está en Azul; está e la cárcel.
—¿En la cárcel?
—Como yo estoy acá, él está en la cárcel.
—¿Qué hizo?
—Nada, che: la struggle for life..., la lucha por la vida quiere decir, es un término que le aprendí a un gallego panadero que le gustaba fabricar explosivos. ¿Vos fabricás explosivos? No te enojés, como eras tan aficionado a las bombas de dinamita.
Irritado de sus preguntas insidiosas, le miré con fijeza.
—¿Estás por meterme preso?
—No hombre, ¿por qué? ¿No se te puede dar una broma?
—Es que parece que querés sonsacarme algo.
—Pucha... qué rico tipo sos, ¿no te regeneraste ya?
—Bueno, ¿qué decías de Enrique? (115).

Como se puede observar, en esta conversación el tema del anarquismo está fuertemente presente, aunque no sea de manera explícita. La frase “la struggle for life”

(la lucha por la vida) Lucio lo aprendió de un “gallego panadero aficionado a los explosivos” (116) que, probablemente, era anarquista. Además, este lo indaga a Silvio respecto al tema los explosivos, por lo que podríamos deducir que el trabajo como agente de investigaciones –del que no puede hablar– consiste, en realidad, en “cazar” anarquistas.

CAPÍTULO III

EL ANARQUISMO EN LAS OBRAS

Tanto para la producción de *El juguete rabioso* como de *Los siete locos* y, su continuación, *Los lanzallamas* Arlt se sirvió de personajes marginales de Buenos Aires, aquellos seres que no podían afirmarse dentro de la sociedad. El escritor logró quitarle, de alguna manera, el carácter oculto que la ciudad conservaba para ellos. Estos individuos poseen una psicología complicada, algunos de ellos buscan el triunfo a través de la estafa o el engaño, otros, por medio de la revolución. Incluso, otros se aferran a la religión o intentan “regenerarse”. Se trata, en particular, de locos, marginales, utopistas, prostitutas o revolucionarios; personas que al estar excluidas de la sociedad, carecen de toda posibilidad de inserción y se ven obligadas a ganarse la vida de manera poco convencional. Estos protagonistas, generalmente, llevan una vida sin justicia y están al borde de la delincuencia, pero lo curioso es que la crueldad de sus actos está respaldada por una inmensa aflicción. Son seres melancólicos que sufren una terrible angustia y padecen el destino oscuro del que son prisioneros. Y luchan por ganarse un lugar en la tierra, pretendiendo así, alcanzar, aunque sea por unos instantes, la felicidad humana. Arlt se propone representar el dramatismo de estos individuos, a partir de sus vivencias y sus cuestionamientos, y mostrar la verdad que se esconde en sus corazones: una insuperable angustia que es producto, básicamente, de la inmersión en un sistema que divide a la sociedad y establece sus bases sobre la explotación del hombre por el hombre. Este último capítulo está dedicado al análisis de aquellos personajes y a las concepciones que éstos tienen respecto a ciertos temas como el capitalismo, la libertad, la religión, el dinero, etcétera.

1. LOS PERSONAJES

Arlt escoge este tipo de personajes que viven fuera de las normas sociales comúnmente admitidas, no sólo porque tuvo experiencias con personas que, según él, lo inspiraron, sino porque, en varios puntos, se siente identificado con ese grupo de atormentados. Ya hemos dicho que, más allá de los inconvenientes económicos que tuvo el escritor, siempre logró mantenerse en la categoría pequeño burguesa, es decir, en una baja clase media. Y una de las características de este sector de la sociedad es que, en los

momentos menos prósperos o aquellos en los que la economía se vuelve una intranquilidad, sus integrantes se sienten desgarrados. La carencia económica deja de ser una adversidad para transformarse en una fatalidad porque el elemento faltante es, justamente, lo que rige al sistema y permite el acceso a él. De ahí la comprensión del escritor: él entiende que estos seres solitarios son tristes víctimas de un sistema que pretende ignorarlos. Arlt percibe a estos personajes como hombres deshechos, determinados por la desesperanza; hombres que sufren frente a la incompreensión del mundo y que, sumergidos en una profunda angustia, transitan, de alguna manera, un camino hacia la autodestrucción. Beatriz Sarlo comenta que estos personajes están condenados desde el principio y se enfrentan a situaciones sin salida o que sólo pueden resolverse mediante la violencia o “el aniquilamiento” El destino se presenta ante ellos como algo predeterminado e irreversible:

Las suertes están jugadas de antemano y las novelas muestran lo inevitable. La angustia de Erdosain, ese sentimiento moderno que hace la modernidad de la ficción arltiana es una cualidad objetiva. La angustia está en la naturaleza social de las cosas, un sentimiento hegemónico por el cual la subjetividad se carga con el conflicto irresoluble que ya ha sido jugado en la dimensión objetiva. (Sarlo, s/f).

Concretamente, se trata de individuos que no tienen ninguna posibilidad de trascendencia, porque la única vía posible sería a través del dinero, y ese es el elemento que, justamente, esa clase no posee. En las distintas novelas del escritor, prevalecen momentos en donde se ve reflejada esta situación. Por ejemplo, en *El juguete rabioso*, vemos como Silvio Astier se cuestiona acerca de su realidad: “¿Saldría yo alguna vez de mi ínfima condición social, podría convertirme algún día en un señor, dejar de ser el muchacho que se ofrece para cualquier trabajo?”. (Arlt, 2004: 90). Pero hay otra circunstancia en donde, además de reflejarse lo expuesto, podemos hallar un dato más importante, en el momento en que la madre de Silvio le pide a este que se busque un empleo. Casi al final de la conversación y, abrazado por la angustia, el adolescente piensa: “«Y así es la vida, y cuando yo sea grande y tenga un hijo, le diré ‘tenés que trabajar. Yo no te puedo mantener. Así es la vida’». Un ramalazo de frío me sacudía en la silla”. (49). En esta cita podemos observar, por un lado, la desesperanza y la resignación del personaje que intenta hallar un consuelo en la proyección de su miseria,

pero, por otro, que el condicionamiento económico actúa como un factor cíclico inalterable que se transmite a través de las generaciones.

Estos personajes, entonces, apartados del modelo social establecido, se ven obligados a recurrir a la adaptación de un modelo diferente que, inevitablemente, convive con el anterior, pero que se propone invalidar sus normas y sus leyes. Por ello, optan por la revolución, el robo, la traición, la prostitución, la locura, etc. Waldegaray opina sobre esto que “la voz de la ley que cubre el espacio social es sustituida en ellos por una interioridad desposeída. Este contra-poder se muestra [...] como la búsqueda de otro código con el cual se intenta desplazar, silenciar el pronunciamiento del orden”. (2002: 235). Para este tipo de personajes, la ley no es ni debe ser respetable, porque se trata de un obstáculo para su progreso real. En este sentido, transgredir es rebelarse, es huir de la inmundicia cotidiana del sistema y es salirse de los parámetros burgueses de referencia. Esta característica es compartida por los anarquistas, quienes consideraban que: “Las leyes y las constituciones que por la violencia gobiernan a los pueblos son falsas. No son hijas del estudio y del común ascenso de los hombres. Son hijas de una minoría bárbara, que se apoderó a la fuerza bruta para satisfacer su codicia y su crueldad”.⁵⁶

Dentro del mundo arltiano, existen, también, ciertos personajes, que no sólo transgreden las normas, sino que logran invertir los roles que, en la sociedad, ya están establecidos: tal es el caso del *cafishio*, el Rufián Melancólico que, contrariamente a lo que se establece en la sociedad de la época –que es que el hombre debe mantener el hogar–, vive a través del trabajo que realizan “sus mujeres”. Él ofrece, por medio de ellas, un servicio efímero, vende el placer que quiebra la constitución familiar. Del mismo modo, las prostitutas invierten la función social de la mujer, no sólo porque trabajan para mantener a su hombre, si no porque, además, no tienen hijos.

2. LA IMAGINACIÓN Y EL BATACAZO

Asimismo, varios de los personajes marginales arltianos conciben otras formas de salida. Cuando el éxito perseguido no es alcanzado, la realidad material sombría en la que están inmersos los empuja al ensueño. Estas posibles vías de escape que los

⁵⁶ Citado en D. Viñas *op. cit.* p. 186.

dejarían exentos de humillación son, por un lado, la literatura y la imaginación (en el caso de Silvio y el andaluz, por ejemplo); y, por otro lado, el famoso *batacazo*: “Voz lunfarda rioplatense que designa el acontecimiento extraordinario que permitiría alcanzar el éxito y obtener dinero de manera repentina, sacudiéndose así la vida gris; es el sueño compensador que permite soportar el aburrimiento cotidiano”. (Waldegaray, 2002: 237). Este tipo de suceso afortunado podía darse de distintas maneras, ya sea ganando algún premio, apuesta, etc., o por medio de la invención de algún elemento exitoso. En el capítulo IX de *El juguete rabioso*, el narrador hace una descripción del Rengo y dice: “El Rengo, además de cuidador, tenía sus cascabeles de ladrón, y siendo ‘macró’ de afición no podía dejar de ser jugador de hábito”. (Arlt, 2004: 127). Luego, el mismo Rengo lo afirma cuando en una conversación con Silvio le dice: “Hay que vivir, che, date cuenta: la pieza diez mangos, el domingo le juego una redoblona a Su Majestad, Vasquito y La Adorada... Su Majestad me mandó al brodo”. (128). En la novela *Los siete locos* también sus personajes tienen el hábito del juego. El día en que Endosain decide ir a ver a su amigo Ergueta para solicitarle dinero, entablan una profunda conversación y, en un momento determinado, Remo le pregunta al farmacéutico si juega mucho, a lo que este responde: “Sí, y Jesús, por mi mucha inocencia, me ha revelado el secreto de la ruleta”. (Arlt, 2005: 15). Del mismo modo, en *Los lanzamallas*, se hacen referencia a las apuestas en un reproche que le hace Emilio a su hermano, el sordo Eustaquio: “Jodete. ¿Por qué te pazazte toda la vida haciendo cábalaz para ganar a laz carreras?” (Arlt, 2005b: 172). Recordemos, además, que Erdosain pretende inventar el rayo de la muerte con el cobro del dinero del secuestro de Barsut y, también, la rosa de cobre (proyecto en el que ya venía trabajando con la familia Espila). Silvio Astier, por su parte, quiere inventar un señalador automático de estrellas fugaces y una máquina de escribir que imprime lo que se le dicta.

Es preciso agregar que el deseo manifiesto en los inventos, no es solamente “lo que permite soportar el aburrimiento cotidiano” (2002: 237) como expresa Waldegaray, se trata de la llama que mantiene viva a la ilusión, el sostén de los días. Cuando las cosas no funcionan, cuando se hace fuerte la angustia por la falta de dinero los personajes recurren a los inventos. Esta manera de funcionar es, además, un reflejo del mismo Arlt. El escritor, también tenía esa faceta de inventor y soñaba con convertirse

en millonario. En 1934 había comenzado a trabajar en un proyecto que se basaba en la fabricación de unas medias de mujer cuyo punto no se corriera en la malla. Roberto se volvió a aferrar este proyecto acosado por la falta de dinero, luego de su regreso de Chile. Incluso, en 1941 abrió un taller en Lanús para poder trabajar en su idea. En una carta dirigida a su hija Mirta le escribió: “Querida Mirtita, tené la seguridad que esto pronto estará en marcha comercial. Yo no pierdo un solo día. Todos los días trabajo en esto, para ponerlo a punto industrialmente ya faltan muy pocos detalles, pero detalles que hay que ultimar”. (Saítta, 2008: 288) Si bien el invento no prosperó, el escritor llegó a patentarlo el 12 de enero de 1942.

3. LOS INTENTOS DE INCLUSIÓN

Ya hemos mencionado que Silvio Astier y Augusto Remo Erdosain —al igual que el resto de los personajes de las primeras tres novelas del escritor— perciben una sociedad carente de oportunidades y reconocen que su imposibilidad de poseer deviene de la exclusión social de la que son víctimas. Pero, si bien podemos afirmar que ésta problemática matriz está presente en ambos personajes, es necesario aclarar que las diferentes adversidades que se les presentan se condicen con las edades de cada uno de ellos. Tanto Silvio como Remo tienen que trabajar para mantener el hogar y soportan las presiones de su madre y de su esposa, respectivamente. A través de Silvio podemos ver lo que le sucede a un adolescente que pretende insertarse en el ambiente laboral y, por ende, en la sociedad. Su proyección a futuro recién comienza, el personaje recién está saliendo al mundo, por lo que busca (aunque no sea voluntariamente) una posibilidad de inserción y la esperanza permanece viva a lo largo de la trama. Un ejemplo de esto se presenta a través de los enormes esfuerzos que él hace por impresionar a los capitanes de la Escuela Militar de Aviación, con el fin de obtener el empleo de aprendiz de mecánico. Este objetivo, en una primera instancia, es alcanzado y Silvio se siente feliz: “Más que nunca se afirmaba la convicción del destino grandioso a cumplirse en mi existencia. Yo podría ser un ingeniero como Edison, un general como Napoleón, un poeta como Boudelaire, un demonio como Rocambole”. (Arlt, 2004: 88). Pero, luego, las ilusiones se desmoronan cuando le quitan el puesto porque, al parecer, “el capitán tiene un recomendado”. (93). Incluso, en esa conversación entre

el adolescente y el capitán, se revela otra imposibilidad. Al detectar ciertas fallas en las teorías inventivas de Astier, el militar le dice que tiene que estudiar, “estudiar mucho si quiere ser algo” (92), por lo que Silvio comenta: “Yo pensaba, sin atreverme a decirlo: «Como estudiar, si tengo que aprender un oficio para ganarme la vida»”. (92). Silvio debe resignarse, una vez más a “las miserias de esta vida puerca”. (95). Pero, pese a los infortunios, él conserva sus sueños hasta el final y, aunque en la novela no se concreta, sabemos que el ingeniero Arsenio Vitri promete conseguirle un empleo en Comodoro. Todo esto nos permite deducir que el personaje no logra adquirir su lugar dentro de Buenos Aires, pero sí fuera de ella, allí donde, no sólo cree que la vida es distinta y que puede hallar la felicidad, sino donde siente que será libre.

ErDOSAIN, por su parte, se muestra resignado desde el principio. No sólo no busca un empleo, sino que, pese a sus necesidades, descuida el que tiene. Es probable que haya vivido, anteriormente, una situación similar a la de Silvio y haya debido soportar empleos humillantes. De hecho, su desempeño como cobrador es un ejemplo de esto. El personaje no podía soportar que, aún trabajando, sufriera “necesidades de toda naturaleza”. (Arlt, 2005a: 12). Todo esto le va generando una profunda decepción y un rechazo hacia el sistema y hacia la sociedad. Es por ello que, ante semejante abatimiento, las ilusiones del personaje sólo pueden resurgir dentro de otra sociedad, un sitio donde este pueda sentirse valorado y respetado, esto es en la sociedad secreta del Astrólogo. Recordemos que el entusiasmo de ErDOSAIN nace a partir de la promesa del Astrólogo de darle un lugar destacado, con una tarea importante por desempeñar. Además, no olvidemos, que en esa sociedad, el Astrólogo pretende “fundar el imperio del mundo y del amor”, un sitio donde todos serían felices, lo que, justamente, al igual que Silvio, busca ErDOSAIN.

4. EL SUFRIMIENTO

En las tres novelas en las que basamos nuestro análisis hemos detectado varios temas en común. Uno de ellos es el sufrimiento. Todos los personajes arltianos tienen esta característica: sufren o han sufrido mucho, pero, si bien es cierto que se trata de distintos tipos de sufrimiento, es necesario destacar que en todos los casos se trata de un

sufrimiento causado por la sociedad. En la mayoría, se trata de individuos que padecen su pobreza, como es el caso de la madre de Silvio y de Dío Fetente, ese “anciano famélico” (57) que, al igual que Astier, trabaja para don Gaetano y habita en el “cuchitril” que éste les da como vivienda. Un ejemplo de esto se da en el momento en que, después de finalizar la jornada en la librería, sus empleadores lo llevan a Silvio hasta “ese triángulo absurdo [...] que daba a la calle Esmeralda”. (57). Allí, el personaje hace una descripción del lugar que deja en evidencia las paupérrimas condiciones en las que debían vivir y las humillaciones que debían soportar: Silvio debe acomodarse en una cama sin colchón y, cuando pregunta si hay algo con qué taparse, don Gaetano, saca de encima de la mesa del comedor una carpeta verde, la toma y la se la echa encima del hombro. Ante esta escena, Dío Fetente se indigna e, incluso, expresa que esa casa es “el infierno”. (58). Luego, Silvio dice: “De pronto me conturbó un sollozo sofocado. Era el viejo que lloraba, que lloraba de pena y de hambre. Y esa fue mi primera jornada”. (59).

En otros casos, se trata de un sufrimiento físico, como es el caso del Astrólogo, de quien sabemos que fue víctima de fuertes torturas y que, por ello, está castrado. Elsa, la mujer de Remo, sufre por la escasez de dinero y por su fracaso matrimonial. Ya adentrándonos en los personajes principales, podemos afirmar que, en el caso de Silvio, el sufrimiento es fruto de la desunión entre su vida y su deseo de afirmarse en un mundo fundado en el dinero. Esta imposibilidad de inclusión lo condena cruel e injustamente, convirtiéndolo en víctima de una permanente humillación social. Silvio, sufre, a diario, el impacto de las filosas miradas de la sociedad que lo hieren. Por ejemplo, aquella escena en que lo envían a hacer la entrega de un paquete de libros a esas “lujosas casa de departamentos”:

Me detuve junto al portero, un atlético sujeto que metido en su librea azul leía con aire de suficiencia un periódico.

Como un cancerbero me examinó de pies a cabeza; después, satisfecho de comprobar hipotéticamente que yo no era un ladronzuelo, con una indulgencia que únicamente podía nacerle de la soberbia gorra azul con trancellín de oro sobre la vecera, me dio permiso para entrar, dándome por toda indicación:

—El ascensor, a la izquierda.

Cuando salí de la jaula de hierro, me encontré en un corredor oscuro, de cielo raso bajo. (71).

Aquí vemos cómo el personaje debe soportar ese ultraje a su propia dignidad. Vale aclarar que esa no es la única ocasión. En el capítulo titulado “Los trabajos y los días”, Silvio comenta: “Otra noche, don Gaetano, riéndose, al querer yo salir, me puso una mano sobre el estómago y otra sobre el pecho para cerciorarse de que no le robaba libros, llevándolos ocultos en esos lugares”. (74). En este ejemplo la situación es aún más angustiante, ya que no se trata de la desconfianza de un desconocido, sino la de su propio empleador. Incluso, es tal la admiración que esta actitud despierta en Silvio que comenta que no puede, siquiera, indignarse. En lo que refiere a Erdosain, consideramos que la angustia, también, es producto de su miseria económica y de su fracaso como miembro de una sociedad competitiva. Una sociedad que lo castiga duramente, que lo impulsa a formar parte de un empleo que odia y que, incluso, le quita a su mujer. Recordemos que una de las razones por las cuales Elsa abandona a Remo es porque él “no ganaba para mantenerla”. (Arlt, 2005a: 36).

En suma, el hecho de que estos personajes hayan nacido en el grupo de los desheredados, desposeídos, desdichados y desafortunados, los inhibe de toda posibilidad de progreso y los obliga a vivir en un mundo sin fe. Y esta es, a nuestro criterio, la célula de donde nacen todas sus angustias. En el caso de Remo y de Silvio se trata, concretamente, de una angustia existencial que, ligada a la humillación (ya convertida en un fenómeno social), crece y los persigue hasta impulsarlos al suicidio: “Ya no hay coraje ni cobardía. Desde muy adentro tengo la sensación de que suicidarse es como irse a sacar una muela”. (145). A través de este ejemplo podemos ver de forma clara que la tristeza que implica dejar de existir, es menor a la angustia que ellos sienten por “no haber llegado a hacerlo nunca”.

5. CAPITALISMO

Hemos demostrado ya que, en estas novelas, el escritor establece una dura crítica al capitalismo y a la denominada cultura burguesa. Pero, en este apartado, reproduciremos las diferentes expresiones que, literalmente, argumentan en contra de este sistema. La crítica más fuerte aparece en *Los lanzallamas*, en el apartado titulado “El Abogado y el

Astrólogo”. Allí, en una conversación entre estos dos personajes, encontramos lo siguiente:

Más terrible es la realidad... El pueblo vive sumergido en la más terrible ignorancia. Se asusta de los millones de hombres destrozados por la última guerra, y a nadie se le ocurre hacer el cálculo de los millones de obreros, de mujeres y de niños que año tras año destruyen las fundiciones, los talleres, las minas, las profesiones antihigiénicas, las explotaciones de productos, las enfermedades sociales como el cáncer, la sífilis, la tuberculosis. Si se hiciera una estadística universal de todos los hombres que mueren anualmente al servicio del capitalismo, y el capitalismo lo constituyen un millar de multimillonarios, si se hiciera una estadística, se comprobaría que sin guerra de cañones mueren en los hospitales, cárceles, y en los talleres, tantos hombres como en las trincheras, bajo las granadas y los gases. (Arlt, 2005b: 66).

Más adelante, el mismo personaje (el Astrólogo) evoca:

Los periódicos, presionados por los gobiernos de anormalidad, deben responder a tal campaña de mentiras engañando a la población de los grandes centros, y presentando los sucesos de tal manera desfigurados que el elemento ingenuo de población se sienta agradecido al gobierno de haberlo librado de lo que las fuerzas capitalistas denominan «peligro comunista». (66).

Por último, el personaje dice:

La táctica del capitalismo mundial consiste en corromper la ideología proletaria de los estados diversos. Los cabecillas que no se dejan corromper son perseguidos y castigados. Las penas más leves consisten en el destierro para los inculpados, y las más graves, la cárcel, con el corolario de los tormentos policiales más extraordinarios, como ser el retorcimiento de testículos, quemaduras, encierros de los inculpados en invierno en calabozos a los que se les arroja agua, quemaduras [...] (67).

Es evidente que la crítica apunta a los defectos de ese régimen basado en la explotación, la mentira, la injusticia y la desigualdad. Pero, además, a través de estas citas podemos ver que el escritor argumenta con elementos reales, sacados de la actualidad (principalmente, en lo que refiere al destierro de los anarquistas, a los presos políticos y a la explotación obrera). Lo que nos permite sostener, a su vez, que la intención del escritor no es, únicamente, construir una trama interesante, sino que se propone, también, persuadir a los lectores, es decir, convencerlos de que el capitalismo no es un sistema próspero y que es necesario erradicarlo. Incluso, sostiene los discursos

de los personajes con ciertos datos extraídos de sus propias investigaciones periodísticas. Veamos este último ejemplo en las palabras del Rufián Melancólico: “La sociedad actual se basa en la explotación del hombre, de la mujer y del niño. Vaya, si quiere tener conciencia de lo que es la explotación capitalista, a las fundiciones de hierro de Avellaneda, a los frigoríficos y a las fábricas de vidrio, manufacturas de fósforos y de tabaco. [...]”. (Arlt, 2005a: 34).

6. EL DINERO

El dinero es una preocupación para todos los personajes arltianos. Silvio debe conseguir dinero para mantener a su madre y a su hermana; el Astrólogo contacta al Haffner para que se encargue de los prostíbulos, lo que precisamente, les dará el dinero para poder solventar la sociedad secreta, incluso, es el mismo Rufián Melancólico el que le provee el dinero a Erdosain para saldar su deuda con la Compañía Azucarera; Hipólita entabla su relación amorosa con Ergueta porque es un farmacéutico que tiene un buen pasar económico; etcétera. Pero, curiosamente, ni a Silvio, ni a Erdosain este elemento los conforma. Ambos personajes tienen otra preocupación mayor: alcanzar la felicidad. En una oportunidad, Silvio dice:

No me importa no tener traje, ni plata, ni nada. —Y casi con vergüenza me confesé: Lo que quiero es ser admirado de los demás, elogiado de los demás. ¡Qué me importa ser un perdulario! Eso no me importa... Pero esta vida mediocre... Ser olvidado cuando muera, esto sí que es horrible. ¡Ah, si mis inventos dieran resultado!”. (Arlt, 2004: 90).

En *Los lanzallamas*, esta cuestión se ve reflejada en palabras de Elsa, la esposa de Remo, quien refiriéndose a él, dice: “Con dinero o sin dinero, ese hombre era siempre el mismo, indiferente y triste”. (Arlt, 2005b: 93).

Anteriormente, hemos expuesto el tema de los inventos, pero es pertinente agregar que los personajes depositan la ilusión en ellos, no sólo porque a través de la creación de un elemento eficaz, obtendrían dinero, sino porque la consagración como inventores les permitiría alcanzar la gratitud y la distinción que buscan. Además, lograrían la superación ambiental, es decir, conseguirían un lugar autónomo dentro de la sociedad.

Es por ello que el dinero viciado no les sirve para callar la angustia y las tristezas de las miserias dolorosas. Ni Remo, ni Silvio se conforman con un empleo mediocre, ambos quieren triunfar por sí mismos, buscan una posibilidad. Saben, claramente, que la felicidad no está en el dinero, sino en una vida justa y digna, sin diferencias, con libertad y con las mismas oportunidades para todos los individuos. Esta cuestión se ve aún más clara en el siguiente pensamiento de Erdosain: “Aunque tuviera una barca con velas de oro y remos de marfil, y el océano se volviera de siete colores lisos, y desde la luna una millonaria con las manos me tirara besos, mi tristeza sería la misma... Mas esto no hay que decirlo. Sin embargo, mejor viviría aquí que allí. Aquí podría tener un laboratorio”. (24) Asimismo, cuando Erdosain acude al encuentro con el Astrólogo y le comenta que sustrajo los cuatrocientos pesos a la Compañía Azucarera, el Astrólogo le pregunta si sintió satisfacción al hacerlo y él responde que no. Luego, el Astrólogo lo vuelve a indagar: “¿En qué gastaba el dinero?” y Erdosain le explicó que doscientos pesos los invirtió en “un pequeño laboratorio de galvanoplastia, para fabricar la rosa de cobre”. (Arlt, 2005a: 27), pero que el resto los gastó de manera absurda. Anteriormente, el narrador había detallado:

Cuando comprobó que debía cuatrocientos pesos, el sobresalto lo volcó hacia la locura. Entonces gastó el dinero de una forma estúpida, frenética. Compró golosinas, que nunca le apetecieron, almorzó cangrejos, sopas de tortugas y fritadas de ranas, en restaurantes donde el derecho de sentarse junto a personas bien vestidas es costísimo, bebió licores caros y vinos insulsos para su paladar sin sensibilidad, y sin embargo carecía de las cosas más necesarias para el mediocre vivir, como ropa interior, zapatos, corbatas... (27).

Esta cita, no sólo nos permite afirmar lo expuesto anteriormente, sino que nos revela otro factor: la imposibilidad de poseer. Remo utiliza el dinero sucio para acceder a los lujos que no se puede permitir. Y, a excepción de la inversión en el laboratorio, no utiliza ese dinero para mejorar su vida cotidiana. Incluso, el narrador comenta que daba “cuantiosas propinas” a los mozos “para acabar con los rastros de ese dinero robado”. (27). Sobre este tema Ricardo Piglia, en su ensayo *Roberto Arlt, una crítica de la economía literaria*, establece que ese factor también está presente en Astier y que se manifiesta cuando intenta incendiar la librería:

En Astier, como vimos, ninguna “riqueza” puede manifestarse: alquilar, robar, vender, nunca llega a ser el propietario legítimo. Los libros están en sus manos, pero no le pertenecen: intento de consumir lo que no se puede tener, la decisión de quemar la librería es el paso final en esta desposesión. Acto suntuario, lujoso, en el incendio, la riqueza es negada; esta transgresión reproduce, exasperando, el acto capital de la sociedad que lo excluye: consumo gratuito, sacrificio, se destruye para tener.⁵⁷

En las páginas de *El juguete rabioso*, Silvio manifiesta una especie de “resignación”, él encuentra un consuelo en la frase: “así es la vida”, como si después de pronunciar u oír esas palabras, el sufrimiento cayera desbordado por una pendiente, aliviando su dolor.

Lo cierto es que el sufrimiento se duplica ya que, por un lado, ambos personajes detestan la miseria en la que están inmersos y ansían por todos los medios revertir su situación, afirmándose (libremente) en ese mundo fundado en el dinero, pero, por otro, abominan a la clase superior que, cuando no los ignora, los humilla. El dinero, así, se convierte en una herramienta de poder: “El dinero convierte al hombre en un dios”. (Arlt, 2005a: 86), pero es tanta la presión que en ellos ejerce que, por momentos, les aborrece. Un ejemplo de esto está presente en las palabras de Silvio: “Una sensación de asco empezó a encorajinar mi vida dentro de aquel antro, rodeado de esa gente que no vomitaba más que palabras de ganancia o ferocidad” (Arlt, 2004: 74) Y, también, cuando en el capítulo “Los trabajos y los días”, comentando la conversación que había tenido con su madre, dice:

—[...] ¿No te gusta el oficio?
—Es igual.
—Sin embargo, ganan mucho dinero...
Me sentí impulsado a levantarme, a cogerla de los hombros y zamarrearla, gritándole en las orejas:
—¡No hable de dinero, mamá, por favor...! ¡No hable...cállese...! (49)

Estos personajes toman distancia de esos hombres a quienes, consideran corrompidos por el dinero y enfermos de ambición.

⁵⁷ Ricardo Piglia, *Roberto Arlt, una crítica de la economía literaria en Elortiba* [en línea]. [consultado: 11/11/10]. Disponible en: http://www.elortiba.org/doc/piglia_arlt.doc

7. LOS RICOS

Las personas adineradas no están presentes de forma explícita en las novelas (salvo aisladas situaciones), pero sí está su desprecio y su humillación. En la siguiente cita podemos observar, a través del pensamiento de Remo, como repercute en él el poder que estos poseen:

Llegó a imaginarse que los ricos, aburridos de escuchar las quejas de los miserables, construyeron jaulones tremendos que arrastraban cuadrillas de caballos. Verdugos escogidos por su fortaleza cazaban a los tristes con lazo de acogotar perros, llegándole a ser visible cierta escena: una madre alta y desmelenada, corría tras el jaulón de donde, entre los barrotes, la llamaba su hijo tuerto, hasta que un “perrero”, aburrido de oírla gritar, la desmayó a fuerza de golpes en la cabeza, con el mango del lazo. (Arlt, 2005a: 11).

Esta imagen de los pobres dentro de jaulas aparece, casualmente, en un poema titulado “Anarkos” de Guillermo Valencia (1873-1933), un poeta colombiano. A continuación, transcribimos los últimos versos de este poema, tan popular en su momento:

(...) ¡Nada escuchan! Los pobres a la jaula
de la miseria se resisten fieros,
y con brazos de adustos domadores
y el ojo sin ternura, ¡los enjaula
la codicia sin fin de los señores!⁵⁸

Asimismo, Silvio también debe soportar su esclava condición de inferioridad frente a las más humillantes situaciones:

Y fregué el piso, pidiendo permiso a deliciosas doncellas para poder pasar el trapo en el lugar que ellas ocupaban con sus piecitos, y fui a la compra con una cesta enorme, hice recados... Posiblemente, si me hubieran escupido a la cara, me limpiara tranquilo con el revés de la mano. (75).

⁵⁸ Citado en D. Viñas. *op. cit.* p. 121.

Como también recibir el desprecio de aquellos ciudadanos: “Los transeúntes se desarrimaban a nuestro paso, no fuera que los mancháramos con la mugre que llevábamos”. (69). Las diferencias eran abismales: para algunos mucho y, para otros, nada, por lo que esta injusticia no podía más que acrecentar en estos personajes el rencor y el odio. Silvio, por ejemplo dice: “Tras esas puertas había dinero, los dueños de esos comercios dormían tranquilamente en sus lujosos dormitorios, y yo, como un perro, andaba a la ventura por la ciudad”. (105). Incluso, esta cuestión se ve reflejada en una conversación entre Haffner y Erdosain. Cuando el primero le dice: “Y sin ir más lejos, ¿no le exigían a usted que fuera honrado con un sueldo de cien pesos y llevando diez mil en la cartera?”. (Arlt, 2005 a: 34).

Veamos, también, un ejemplo de Hipólita:

—¡Servir... siempre servir!

Entonces un rencor se infiltraba en su angustia, la frente le pesaba y sus párpados rojos caían sancionando una resignación [...].

Todo lo que la rodeaba, cacerolas y fogones y las limpias maderas de las estanterías de la cocina, y los espejos del cuarto de baño y las pantallas rojas de las lámparas, le parecían representar un valor que ponía esos enceres fuera de su alcance y el repasador como la alfombra, así como el triciclo de los niños le parecía haber sido creado para proporcionar la felicidad a seres de distinta pasta de la que ella estaba formada.

[...] Esta sensación de convivir provisoriamente con gente situada en un mundo desemejante al que ella pertenecía la destrozaba. (Arlt, 2005a: 142).

Sin embargo, pese al rechazo, tanto Silvio Astier, como Augusto Remo Erdosain e Hipólita, se ilusionan con la posibilidad de que alguno de estos integrantes de la clase poderosa se apiadase de ellos y los ayudase. Veamos este ejemplo de Erdosain en *Los siete locos*:

Se imaginaba que desde la mirilla de la persiana de alguno de esos palacios lo estaba examinando con gemelos de teatro cierto “millonario melancólico y taciturno”. (Uso estrictamente los términos de Erdosain).

Y lo curioso es que cuando él pensaba que el “millonario melancólico y taciturno” podía observarlo, componía un semblante compungido y meditativo, y no le miraba el trasero a las criadas que pasaban, fingiendo estar inmovilizado por la atención que prestaba a un gran trabajo interior. Porque se decía que si el “millonario melancólico y taciturno” veía que él le miraba el trasero a las criadas, deduciría de ello que no estaba tan preocupado como para merecer su compasión. (Arlt, 2005a: 22).

Más adelante, se explica que esa compasión que buscaba Erdosain consistía en el ofrecimiento de dinero “para hacer prácticos sus inventos”: “Con el dinero del «millonario melancólico y taciturno» instalaría un laboratorio de electrotécnica [...]”. (23). En lo que a Astier respecta, sabemos que le pide a Arsenio Vitri —a modo de recompensa, por haberlo alertado del robo— un empleo en el Sur.

8. LOS MILITARES

Es sabido que en las manifestaciones populares anarquistas el adversario concreto (el que estaba en las calles) era el ejército, como también era el que se hacía presente en las huelgas y el que llevaba a cabo los fusilamientos. Estas razones no eran pocas para que los anarquistas los consideraran sus enemigos: “Es el ejército, pues, con sus generales y oficiales el que encabeza la lista de enemigos de los anarquistas; y ya no visto como «un brazo armado» del Poder, sino como parte íntima del núcleo más oficial”.⁵⁹ Es sabido, además, que los libertarios aspiran a fundar las bases de una sociedad en la cual reine la armonía por libres acuerdos entre los individuos, sin la necesidad del sometimiento u obediencia a ningún tipo de autoridad. En las narraciones arltianas la figura de los militares está, también, opacada; los ejemplos más contundentes se presentan en *Los siete locos* y *Los lanzallamas*. Por una parte, podemos ver que las declaraciones del Mayor denotan un importante cinismo. El plan que él le propone a la sociedad secreta para captar seguidores está basado en una mentira: quiere darle un “aspecto completamente comunista” cuando él mismo cree que el comunismo en Argentina no existe. Por otra parte, el Astrólogo le argumenta al Abogado que: “Todo militar es un déspota que se ríe a carcajadas de las ideas”. (Arlt, 2005b: 63). Pero el argumento principal que brinda este personaje sostiene que el ejército es un defensor del estado capitalista y que dicho estado mantiene a “estos parásitos (ejército y marina) que absorben la mitad de las finanzas de Estado porque no puede sostenerse oprimiendo al proletariado sin el inmediato auxilio de la fuerza”. (73). Cabe aclarar, también, que los anarquistas consideran que los militares son personas que “se resuelven a ser humilladas veinte años para, finalmente, poder desquitarse y

⁵⁹ Citado en D. Viñas. *op. cit.* p. 42.

humillar a su vez durante otros diez restantes de su carrera”.⁶⁰ No es casual que el episodio de *Los siete locos*, que narra el momento en que Elsa deja a Erdosain por el capitán militar, se titule: “El humillado”. Allí, el narrador, refiriéndose al capitán, de manera un tanto graciosa, dice: “El intruso reprimió palabras de impaciencia. Tenía unos brutales deseos de gritar a ese marido: «¡A ver, firme, imbécil!», más por consideración a Elsa, se retuvo”. (Arlt, 2004 a: 40). Esta cuestión de la humillación y el maltrato, también, está representada en *El juguete rabioso*, a través de Silvio. Él posee una opinión desfavorable sobre los militares, juicio que, probablemente se formuló después de la mala y breve experiencia que tuvo en la Escuela de Aviación. En un momento, refiriéndose a los comerciantes ennoblecidos por créditos que les conceden una patente de honorabilidad, dice: “tienen por eso espíritu de militares, es decir, habituados a tutear despectivamente a sus inferiores, así lo hacen con los extraños que tiene necesidad de acercarse a ellos para poder medrar”. (Arlt, 2004: 124).

Resulta pertinente añadir que José Amícola coincide con esta opinión negativa de Arlt sobre los militares. En el ya citado texto *Astrología y fascismo en la obra de Arlt*, el autor, en relación al capitán, comenta: “La distancia del narrador se sintetiza, a mi juicio, ante este personaje en ese: «había en él algo de repugnante» con que se lo representa al lector; ello tiende un puente de antimilitarismo que ya había comenzado a darse en Arlt en *El juguete rabioso* —en sutiles ironías sobre el grado de inteligencia de los soldados de las academias militares”. (Amícola, 1994: 75). Suponemos que Amícola se está refiriendo al momento en que Silvio exhibe sus conocimientos ante los oficiales —entre ellos, los literarios, donde menciona que lee a Baudelaire, Dostoievski y Baroja—. Ante estas palabras, uno de los oficiales se dirige al otro y dice: “¿Che, o será anarquista éste?”. (Arlt, 2004:88).

⁶⁰ Citado en D. Viñas. *op. cit.* p. 43.

9. LA CIUDAD

Los personajes de Roberto Arlt sufren el mundo que transitan. Los individuos sienten que están inmersos en una ciudad asfixiante y ella se convierte, así, en un símbolo de opresión. La modernidad está latente a lo largo de las obras, pero también sus consecuencias: “Erdsain tenía la terrible sensación de estar engrilletado, la terrible civilización lo había metido dentro de un chaleco de fuerza del que no se podía escapar” (Arlt, 2005a: 78). La ciudad oprime a los hombres, los corrompe y los enferma de civilización: “Ciudades tremendas en cuyas terrazas cae el polvo de las estrellas, y en cuyos subsuelos, triples redes de ferrocarriles subterráneos arrastran una humanidad pálida hacia un infinito progreso de mecanismos inútiles”. (Arlt, 2005b: 26). Ante los ojos de Erdsain la ciudad es un infierno, un lugar antinatural, teñido de los grises que pintó la modernidad al quitarle el sol, la luz y el aire. La angustia de este personaje se incrementa, al igual que sus deseos de huir: “Pero él quiere escaparse de las prisiones de cemento, hierro y cristal, más cargadas que condensadores de cargas eléctricas [...] Erdsain quiere escaparse de la civilización; dormir en el sol de la noche, que gira siniestro y silencioso al final de un viaje, cuyos boletos vende la muerte”. (Arlt, 2005b: 165). Sin embargo, esto no es todo, en este progreso nada tienen que ver los pobres, por lo que la ciudad, entonces, es también un sitio excluyente, que realza el lujo al que sólo tienen acceso los ricos:

Eran las siete de la tarde y la calle Lavalle estaba en su máximo esplendor. Los cafés a través de las vidrieras veíanse abarrotados de consumidores, en los atrios de los teatros y cinematógrafos aguardaban desocupados y elegantes, y los escaparates de las casas de modas con sus piernas calzadas de finas medias y suspendidas de brazos niquelados, las vidrieras de las ortopedias y joyerías mostraban en su opulencia la astucia de todos esos comerciantes halagando con artículos de malicia la voluptuosidad de las gentes poderosas en dinero. (Arlt, 2004: 69).

En *Los siete locos* también se hace mención a estos sitios “prohibidos”. En el capítulo “Los sueños del inventor”, el narrador, refiriéndose a Erdsain, dice:

Anduvo por las solitarias ochavas de las calles Arenales y Talcahuano, por las esquinas de Charcas y Rodríguez Peña, en los cruces de Montevideo y Avenida Quintana, apeteciendo el espectáculo de esas

calles magnificasen arquitectura, y negadas para siempre a los desdichados. (Arlt, 2005a: 21).

10. LA RELIGIÓN

Otro de los temas que resulta frecuente en las primeras tres novelas del escritor es el de Dios. Si bien este símbolo religioso está presente de diversas maneras, podemos afirmar que en ninguno de los casos está representado de manera positiva. En *El juguete rabioso* podemos encontrar la presencia de un Dios ausente que ignora a los desdichados y a los desamparados:

Algunas veces en la noche: “Piedad, quién tendrá piedad de nosotros.
“Sobre esta tierra quién tendrá piedad de nosotros.
“Miseros, no tenemos un Dios ante quien postrarnos y toda nuestra pobre vida llora.
“¿Ante quién me postraré, a quién hablaré de mis espinos y de mis zarzas duras, de este dolor que surgió en tarde ardiente y que aún es en mí?
“Qué pequeñitos somos, y la madre tierra no nos quiso en sus brazos y henos aquí acerbos, desmantelados de impotencia.
“¿Por qué no sabemos de nuestro Dios?
“¡Oh! Si Él viniera un atardecer y quedamente nos abarcara con sus manos las dos sienas.
“¿Qué más podríamos pedirle? Echaríamos a andar con su sonrisa abierta en la pupila y con lágrimas suspendidas de las pestañas. (Arlt, 2004: 132).

Incluso, en las últimas líneas de la novela, cuando Silvio conversa con Arsenio Vitri —en medio de impulso irónico al que ya hemos hecho referencia— el ingeniero le pregunta si él cree en Dios y Silvio responde: “Yo creo que Dios es la alegría de vivir”. (150). A través de esta respuesta, vemos que el adolescente debe recurrir a una concepción propia de la figura celestial porque el Dios que representa al resto de la sociedad a él no lo representa. Incluso, en el capítulo titulado “Judas Iscariote”, Silvio dice:

Amor, piedad, gratitud a la vida, a los libros y al mundo me galvanizaban el nervio azul del alma.
No era yo, sino el dios que estaba dentro de mí, un dios hecho con pedazos de montaña, de bosques, de cielo y de recuerdo. (120).

De esto, podemos deducir que él reconoce un ser superior en la naturaleza, sitio, por cierto, del que se puede sentir parte. La naturaleza es lo único que no le está negado, de allí, también, su ansiado deseo de ir al Sur. Recordemos que se lo confiesa al ingeniero: “Vea; yo quisiera irme al Sur... al Neuquén... allá donde hay hielos y nubes... y grandes montañas... quisiera ver la montaña”. (151). Además, la intencionalidad de la letra minúscula no es un dato menor. En *Los siete locos*, la religión se presenta desde distintos enfoques. Erdosain, por ejemplo, percibe, al igual que Silvio, un Dios que no acude al llamado de los desamparados y que se muestra indiferente ante las miserias de la humanidad: “Al margen de Dios se ha realizado todo esto. Y este Dios, decime, ¿qué hiciste vos por nosotros? La boca de Erdosain se llena de una mala palabra [...] El insulto estalla: ¡Canalla!”. (Arlt, 2004: 124). Hipólita, por su parte, tampoco se muestra demasiado creyente: “Jesús, Jesús era un hombre —Hipólita sonrío; le causa gracia una idea—. Jesús no tenía pinta de «cafishio». Lo seguían todas las mujeres. Él hubiera podido hacer «trabajar» a Magdalena”. (Arlt, 2005b: 77), lo que demuestra, justamente, que la Coja no es una mujer devota. Ergueta, por su parte, es el único practicante del grupo, pero su exagerado fanatismo católico lo lleva a perder la cordura. Este personaje es el único sobre quien, tanto Erdosain como el resto de los personajes afirman que “estaba loco”. (15). De hecho, termina internado, de forma temporal, en un hospicio a causa de sus delirios místicos. Con respecto a Emilio Espila, el narrador comenta que pensaba “en visitar a una novia a la que le quitaría sus creencias religiosas haciéndole leer libros de Haeckel y Büchner”. (120). Finalmente citaremos al Astrólogo, quien dice, explícitamente, que no cree en Dios, incluso arguye que si, tanto él como Erdsain, recurrieran a un sacerdote, éste no podría ayudarlos, ya que sólo les recomendaría que rezaran. Del mismo modo, este personaje considera que los males de la sociedad se deben, en parte, a que: “el hombre no ha reparado que está enfermo de cobardía y de cristianismo”. (Arlt, 2005a: 166). Él argumenta que los hombres tienen la absoluta necesidad de creer en algo y “para ser felices necesitan apoyar sus esperanzas en una mentira metafísica” (165), por lo que se propone inventar una nueva religión con el fin de atraerlos:

Y nosotros les daremos a todos los sedientos de maravillas un dios magnífico, adornados de relatos que podemos copiar de la Biblia... Una idea se me ocurre: anunciaremos que el mocito es el Mecías pronosticado por los judíos... Hay que pensarlo... sacaremos fotografías del dios de la selva... Podemos imprimir una cinta cinematográfica con el templo de cartón en el fondo del bosque, el dios conversando con el espíritu de la Tierra (91).

En suma, lo que podemos observar a través de todas estas citas es que, en realidad, la mirada del escritor arroja un gran escepticismo, ya que el tema de la religión —principalmente el catolicismo— es tratado con ironía y sarcasmo. Se lo presenta como una artimaña engañosa que regala falsa felicidad a los ingenuos. En la sociedad que propone el Astrólogo: “El hombre vivirá en plena etapa de milagro, y será millonario de fe”. (165). Y, esto lo logrará tomando elementos del catolicismo. Esto se va aún más claro cuando el personaje afirma que, a través de sus promesas (deliciosas bellezas y mentiras divinas) regalarán a los hombres una convicción de “un futuro tan extraordinario que las promesas de los sacerdotes serán pálidas frente a la realidad del prodigio apócrifo”. (166). Todo esto nos permite establecer una nueva vinculación con el anarquismo, en primer lugar, porque que los seguidores de esta corriente consideran que las religiones inhiben la libertad de pensamiento de los individuos, por ello, creen que es imposible revolucionar sin herir los intereses de la religión católica, ya que “toda libertad ganada por el individuo significa un trozo de poder arrebatado a la Iglesia”. (Viñas, 2009: 141). Además, en su mensaje, rechazan todo tipo obediencia: nadie debe obedecer a nadie, “¡Ni Dios, ni ley, ni patria!”.⁶¹ Y, en segundo lugar, porque, como ya hemos dicho, los anarquistas fundan sus bases en la igualdad, por lo que disienten con la idea de que existan dos reinos —el de Dios y el de los hombres. Ellos sostienen que el hombre tiene derecho a la felicidad y que “El planeta es de la Humanidad, todo pertenece a todos. Según la justicia divina, muchos son los llamados y pocos los elegidos; según la justicia humana, todos son llamados, todos son elegidos”.⁶²

⁶¹ Citado en D. Viñas, *op. cit.* p. 219.

⁶² Citado en D. Viñas, *op. cit.* p. 144.

11. LA LIBERTAD

Kropotkin ha establecido en su definición de anarquismo que en una sociedad basada bajo los preceptos de esta doctrina:

No se vería el hombre limitado, en el libre ejercicio de su capacidad de trabajo productivo, por un monopolio capitalista sostenido por el Estado; ni el ejercicio de su voluntad por medio al castigo, o por obediencia a entidades metafísicas o a individuos que llevan ambos a la disminución de la iniciativa y al servilismo intelectual. El hombre se guiaría por su propia razón, que llevaría necesariamente la huella de la acción y reacción libres de su propio yo y las concepciones éticas del medio. El hombre podría así alcanzar el desarrollo pleno de todas sus potencias intelectuales, artísticas y morales, sin verse obligado a trabajar agotadoramente para los monopolistas, ni trabado por el servilismo y la inercia intelectual de la gran mayoría.⁶³

Ya hemos expuesto, anteriormente, que los anarquistas estaban en contra todo tipo de autoridad y luchaban por la libertad absoluta del individuo. En el texto de Viñas se transcribió una letra de una canción perteneciente al “Cancionero popular libertario” que, en la última estrofa dice:

Somos esos anarquistas
que nos llaman asesinos,
porque al obrero inducimos
a buscar la libertad, [...].⁶⁴

En sus novelas, Arlt hace referencia a la libertad desde este mismo enfoque y sus personajes tienen deseos de liberación basados en una posible autonomía. En el episodio en que Silvio Astier intenta quemar la librería de su empleador (don Gaetano), se presenta un claro ejemplo de esto. Después de haber arrojado la brasa, y ya situado en su “habitación”, el personaje comenta: “En la oscuridad yo sonreía libertado... libre... definitivamente libre, por la conciencia de hombría que me daba mi acto anterior. Pensaba, mejor dicho, no pensaba, anudaba delicias”. (Arlt, 2004: 76). Analizando esta expresión, podemos detectar que el acto incendiario

⁶³ “Anarquismo, definición de Kropotkin para la Enciclopedia Británica”. art. cit.

⁶⁴ Citado en D. Viñas. *op. cit.* p. 13.

posee varios significados: por una parte, la destrucción del lugar de trabajo implica la eliminación del vínculo laboral con aquel jefe opresor; pero, por otro, esa forma puntual de destrucción lo resguarda ante una eventual culpabilidad y lo exime de los reproches de su madre. Recordemos que cuando “le dan la baja” en la Escuela Militar de Aviación, él piensa: “¡Cuando mamá lo sepa!”; y se la imagina diciéndole: “Silvio... pero no tienes lástima de nosotros... que no trabajas... que no quieres hacer nada. Mirá los botines que llevo, mira los vestidos de Lila, todos remendados, ¿qué piensas Silvio que no trabajas?” (94). Además, el hecho de arruinarle el negocio a ese “grandulón de ojos crueles” actúa en él como un desquite o una venganza por toda la humillación que le causó, una suerte de reivindicación de su propia dignidad. Incluso, más adelante, piensa: “¿Qué pintor hará el cuadro del dependiente dormido, que en sus sueños sonrío porque ha incendiado la ladronera de su amo?”. (77). Vemos aquí como el término “amo” enfatiza, aún más, el concepto de dependencia.

En *Los lanzallamas*, también, aparece esta cuestión de la libertad entendida como sinónimo de independencia laboral. En este caso en una conversación que mantienen el sordo Eustaquio y Emilio, los hermanos Espila. Ambos se dedicaban a vender caramelos en la calle, pero estafaban a la gente, ya que el Sordo se hacía pasar por ciego para dar más lástima. En un determinado momento, sentados en el banco de una plaza, el Sordo comienza a filosofar: “Decí si no es linda una vida así, Emilio. Sé sincero. Uno no tiene preocupaciones, horarios, jefes que lo griten. La libertad absoluta. Querés pedir, pedís; no querés pedir, no pedís.” (Arlt, 2005b: 174). De todas formas, es importante marcar la diferencia que existe entre el Sordo y Silvio. El narrador dice: “El Sordo calla, mascullando internamente su ideal de vagancia. Un chozo a la orilla de un río, campo verde, y esperar que la vida pase, como aguarda un enfermo en la antesala de un dentista que llegue turno para que le extraigan el diente que le hace sufrir” (174). A través del Sordo vemos que el concepto de libertad, si bien, está ligado a la independencia laboral, se tergiversa al rozar la haraganería. Silvio, en cambio, sabe “que nunca se resignaría a la vida penuriosa que sobrellevan la mayoría de los hombres”. (Arlt, 2004: 90).

En *Ersodain* también podemos detectar este elemento. Desde el comienzo de *Los siete locos*, sabemos que él debe conseguir dinero para poder devolver el que

sustrajo de la empresa para la que trabajaba. El hurto demuestra, claramente, la intención de despojo: al igual que Silvio, no posee el coraje para renunciar (tal vez por los reproches de su esposa o por su propia presión), entonces, roba con el fin de ser despedido para, así, poder quedar desvinculado de esa situación opresiva. A decir verdad, en ambos casos, se trata de provocar una acción que, de manera indirecta, cause el efecto esperado. La diferencia con Silvio está en su adultez y en su condición de esposo, características que aplacan su rebeldía y lo obligan a soportar lo que sea. Además, este acto delictivo está doblemente justificado: por un lado, el narrador dice que Erdosain “se vio obligado a robar porque ganaba un mensual exiguo” (Arlt, 2005a: 12); por otro lado, el mismo Erdosain argumenta que fue a causa de la angustia: “Es que es la angustia, ¿sabe?... Esa «jodida» angustia lo que lo arrastra...”. (28). Lo que demuestra, nuevamente, la intencionalidad del escritor. En este contexto es oportuno mencionar que “los anarquistas consideran el sistema salarial y la producción capitalista un obstáculo para el progreso”.⁶⁵ Probablemente, Arlt haya querido transmitir, a través de esto que las condiciones establecidas por el sistema, aquellas a las que debían atarse, forzosamente, los hombres no hacían más que corromperlos y destruirlos.

12. EL ANARQUISMO LITERARIO

A partir del impacto migratorio, la literatura argentina se dispuso a preservar y a defender la pureza de la lengua nacional frente a la disgregación producida por los inmigrantes, pero Arlt fue contra la corriente, pese a tener que soportar, luego, las críticas. Él incorporó a la literatura el uso del lunfardo y del caló porteño, un lenguaje plebeyo que él había impuesto en oposición al lenguaje culto y correcto. A nuestro criterio, el escritor se resistió a estas normas conservadoras porque consideraba que ese lenguaje vivo, aunque vulgar y bajo, era el que representaba a los de su clase. Recordemos que él se propuso incorporar a estos personajes marginales al universo narrativo para quitarles el carácter oculto que la ciudad les reservaba y este idioma era, precisamente, el de ese mundo que se quería ocultar, por lo que acceder a la negación o la transformación de ese lenguaje significaba, para él, no sólo modificar la esencia natural de estos personajes, sino traicionar sus principios. Además, esto puede

⁶⁵“Anarquismo, definición de Kropotkin para la Enciclopedia Británica”. art. cit.

apreciarse claramente en *Los lanzallamas*, cuando Erugueta, en su afán de predicar, imagina que lo hace en el un “idioma ranero” para que los pobres lo puedan entender porque él consideraba que ellos no estaban familiarizados con el lenguaje de las escrituras: “Si yo les hablo a ustedes en este idioma ranero es porque me gusta... Me gusta como chamuyan los pobres, los humildes, los que yugan [...] ¿Qué importan las palabras? Lo que interesa es el contenido. El alma triste de las palabras; eso es lo que interesa, reos”. (Arlt, 2005b: 177). En relación con Arlt y con el uso de las lenguas vulgares Saitta opina lo siguiente:

Arlt eleva el idioma de la calle, la lengua plebeya, a idioma nacional consolidando simultáneamente un lugar de enunciación dentro de las páginas de un diario y un lugar de enunciación, una entonación dentro de la literatura argentina. Pero no es sólo esto: el escándalo de sus notas periodísticas —y de su literatura— reside en que Arlt combina el uso de las voces de la calle con la exhibición constante de un saber literario, al que se suma la apropiación de discursos ajenos a la literatura, esos “saberes del pobre” que incorporan el léxico de la química, la física, la geometría, las ciencias ocultas, el magnetismo, la teosofía, para representar una subjetividad, un paisaje, una acción. (2009: 82).

Si bien ya hemos mencionado, grosso modo, el carácter plebeyo de Arlt que definió (y define) su escritura, cabe ampliar esta información, ya que su producción fluyó desde otro lugar social; él escribió con lo que desde ese lugar podía conocerse, una característica doblemente valedera: por su carácter crítico y por irrupción novedosa. Y este aspecto, también, se ve reflejado en los saberes técnicos. Beatriz Sarlo, en su ensayo titulado *Roberto Arlt, excéntrico*, comentaba, que en la época de Arlt, los manuales técnicos atraían a los lectores populares, ya que, en ellos, los autodidactas podían aprender electricidad, magnetismo, galvanoplastia, mecánica y metalurgia. A partir de allí, esos lectores podían llegar a aprender un oficio y utilizarlo para ganarse la vida. Los oficios y las técnicas son los saberes del pobre, de los que no pueden acceder a la cultura de élite. La técnica está al alcance de cualquiera que acceda a libros baratos traducidos al español porque permiten el acceso al conocimiento, sin la exigencia de saberes previos. Recordemos que esto está presente en Erdosain, y en Silvio Astier. Incluso, en el primero, estos conocimientos técnicos tienen mucho valor, ya que no sólo son un elemento útil y necesario para la revolución, sino que son el boleto de entrada a

la nueva sociedad. En el capítulo titulado: “El pecado que no se puede nombrar”, abundan tecnicismos y fórmulas matemáticas:

Fórmula Mayer... fórmula Haber... (Q-E) por T igual a I. Cierto que el experimento de laboratorio difiere del que se ejecuta al aire libre... pero qué diablos, pongamos el fosgeno; 450 miligramos por metro cúbico. Difosgeno, 500 miligramos por metro cúbico. Sulfuro de etilo biclorado, 1500, suma y sigue. Como el hombre respira en un minuto cerca de ocho litros de aire... fórmula de intoxicación sería... sería... 450 por 8, dividido por 1.000. (Arlt, 2005a: 149).

Acerca de los tecnicismos Sarlo asegura: “Nadie como él modificó la economía lexical incorporando al sistema de representación palabras que no habían sido utilizadas antes por la literatura (la única excepción la ofrecen algunos cuentos de Horacio Quiroga)”. (Sarlo, s/f).

En suma, la esencia de la literatura de Arlt, —ya sea manifestada a través de la *forma* o el contenido— y el escándalo que ésta provocó tienen una marca de rebeldía social que el escritor siempre quiso colocar en primer plano.

CONCLUSIÓN

Por todo lo expuesto anteriormente, a partir del estudio de la biografía de Roberto Arlt, la investigación sobre el anarquismo y el análisis de las tres primeras novelas del escritor —específicamente en relación con sus temas y personajes— estamos en condiciones de afirmar que prevalece, en el escritor, la presencia de una ideología anarquista.

Para comprobar esta vinculación entre Arlt y dicha teoría filosófica exhibimos en un primer capítulo la biografía del escritor para mostrar, entre otras cosas, su fuerte rechazo al capitalismo —por considerarlo un sistema basado en la explotación de los individuos, la privación de la libertad y en la injusta repartición de las riquezas—. Allí, destacamos aquellas experiencias de su vida que nos permitieron demostrar, el origen de su formación literaria y su visión del mundo, —principalmente, en referencia a su posición dentro de la sociedad—. Hemos comentado, también, acerca de su desempeño periodístico, donde se pudo apreciar su dura crítica al capitalismo y su preocupación por aquellos individuos desamparados que estaban bajo el dominio de ese sistema. Este apartado, a su vez, nos permitió detectar el carácter autobiográfico de las obras y la consecuente comprensión de la psicología de los personajes (en especial, la de sus protagonistas).

Luego, en un segundo capítulo, abordamos el tema del anarquismo, donde nos propusimos explicar las bases de esta corriente y las repercusiones que tuvo en la Argentina para, también, poder dar cuenta del marco histórico en el que surgieron las novelas. Asimismo, demostramos la participación explícita de elementos anarquistas en dichos textos e intentamos señalar, no sólo la actitud respetuosa del autor frente a esa corriente sino también la presencia de cierto favoritismo hacia aquella, lo que se manifiesta, por ejemplo, en su visión del rol de la mujer anarquista y del militante Di Giovanni, entre otros.

Posteriormente, desarrollamos un tercer capítulo donde, a través del análisis de las obras y de sus personajes (sus posiciones dentro de la sociedad, sus propósitos, sus anhelos, sus sentimientos, etcétera), pudimos afirmar la presencia de un elemento común en las respectivas tramas: el sufrimiento. Y pudimos afirmar, en consecuencia, que esa tristeza que caracteriza a los personajes es producto de la inmersión en una

sociedad injusta, desarrollada sobre las directrices del capitalismo, como también de la consecuente humillación y explotación de las que son víctimas.

Por último, abordamos las percepciones y aspiraciones de los personajes y las vinculamos con las principales características en las que se funda el anarquismo con el propósito de demostrar las similitudes que existen entre unas y otras, por ejemplo, la libertad absoluta, la eliminación de las jerarquías sociales, el rechazo a la autoridad, el descreimiento religioso, etcétera.

Concluimos entonces que, tanto en Arlt como en sus tres obras analizadas, hay una presencia ideológica anarquista que se manifiesta a través de sus tramas, y en la manera de pensar y de actuar de sus personajes.

Es importante destacar que, si bien ya se han hecho varios trabajos sobre este autor en relación con el anarquismo, ninguno ha enfocado la esencia puramente filosófica de esta doctrina: inducir a los individuos a un estado máximo de independencia y empujarlos hacia un desarrollo evolutivo (lo que, a nuestro criterio, era uno de los propósitos del escritor), con la intención de garantizar, a partir de esto, la felicidad humana. Hemos también intentado, a partir de esta labor, realzar la figura de este escritor tan injustamente criticado y destacar, tanto su grandeza artística, como sus cualidades humanas.

BIBLIOGRAFÍA

CORPUS ANALIZADO

ARLT, R. (2004) *El juguete rabioso*, Buenos Aires: Centro Editor de Cultura.

----- (2005a) *Los siete locos*, Buenos Aires: Centro Editor de Cultura.

----- (2005b) *Los lanzallamas*, Buenos Aires: Centro Editor de Cultura.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

AMÍCOLA, J. (1994) *Astrología y fascismo en la obra de Arlt*, Buenos Aires: Viterbo S.R.L

BARRET, R. (1910) *Lo que son los yerbales paraguayos* en *Proyecto de obras completas* [en línea], [consultado: 20/09/10].

Disponible en:

<http://85.52.193.109/barrett/yerbales/yerbales.html>

BELLEGGARRIGUE, A. (1850) *El manifiesto de la anarquía de Anselme Bellegarrigue*, en *Manifiesto anarquista*, [en línea], [consultado: 20/05/10].

Disponible en:

<http://darkanark-manifiestoanarquista.blogspot.com/2009/10/el-manifiesto-de-la-anarquia-de-anselme.html>

“El factor anarquista”, en *Consejero del lobo*, [en línea], [consultado: 20/09/10].

Disponible en:

<http://sercorriente.blogspot.com/2010/09/el-factor-anarquista.html>.

“Evolución. Homenaje a Darwin” en Reedes, [en línea], 13-10-2009, [consultado: 20/10/10].

Disponible en:

<http://www.redeees.com/publicacion/ver/id/380/evolucion>.

“He visto morir” en *Severino Di Giovanni* [en línea], [consultado: 15/10/10].

Disponible en:

<http://www.elortiba.org/severino.html>.

Historia de la literatura argentina [en línea], [consultado: 20/09/10].

Disponible en:

http://www.todo-argentina.net/Literatura_argentina/los_anos_veinte.html

KROPOTKIN, P. (1905) “Anarquismo, definición de Kropotkin para la Enciclopedia Británica”. [en línea], [consultado: 20/09/10].

Disponible en:

http://www.theyliewedie.org/ressources/biblio/es/Kropotkin_Anarquismo_definicion.html.

PIGLIA, R. (2004) *Roberto Arlt, una crítica de la economía literaria*, Ficciones Argentinas. Antología de lecturas críticas, Buenos Aires: Grupo de investigación de literatura argentina de la UBA, [en línea], [consultado: 11/11/10].

Disponible en:

http://www.elortiba.org/doc/piglia_arlt.doc

SAÍTTA, S. (2008) *El escritor en el bosque de ladrillos*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

SARLO, B. (2008) *Roberto Arlt, excéntrico* [en línea], Buenos Aires, [consultado el 19/05/10]

Disponible en:

<http://www.scribd.com/doc/6761795/Sarlo-Beatriz-Roberto-Arlt-Ex-Cent-Rico>

----- (2008) *Arlt: Ciudad real, ciudad imaginaria, ciudad reformada* [en línea], Buenos Aires, [consultado el 19/05/10]

Disponible en:

<http://www.scribd.com/doc/6761322/Sarlo-Beatriz-Arltciudad-Imaginada-Ciudad-Reformada-Ciudad-Real>

“Severino Di Giovanni”, *Esperanza Libertaria*, [en línea], [consultado: 17/10/10].

Disponible en:

<http://esperanzalibertaria.blogspot.com/2010/06/severino-di-giovanni.html>.

SURIANO, J. (2001) *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires: Ediciones Manantial.

VIÑAS, D. (2009) *Anarquistas en América Latina*, Buenos Aires: Editorial Paradiso

----- (2009) *Arlt: robar y salir corriendo*, Ficciones Argentinas. Antología de lecturas críticas, Buenos Aires: Grupo de investigación de literatura argentina de la UBA.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

CHRISTINA KOMI KALLINIKOS (2002) “Miradas entrecruzadas de espacios urbanos periféricos” [en línea], Buenos Aires, [consultado el 19/07/10].

Disponible en:

http://www.americanismo.es/texto-completo-Komi_Kallinikos_Christina-Miradas_entrecruzadas_de_espacios_urbanos_periferi-1599.html